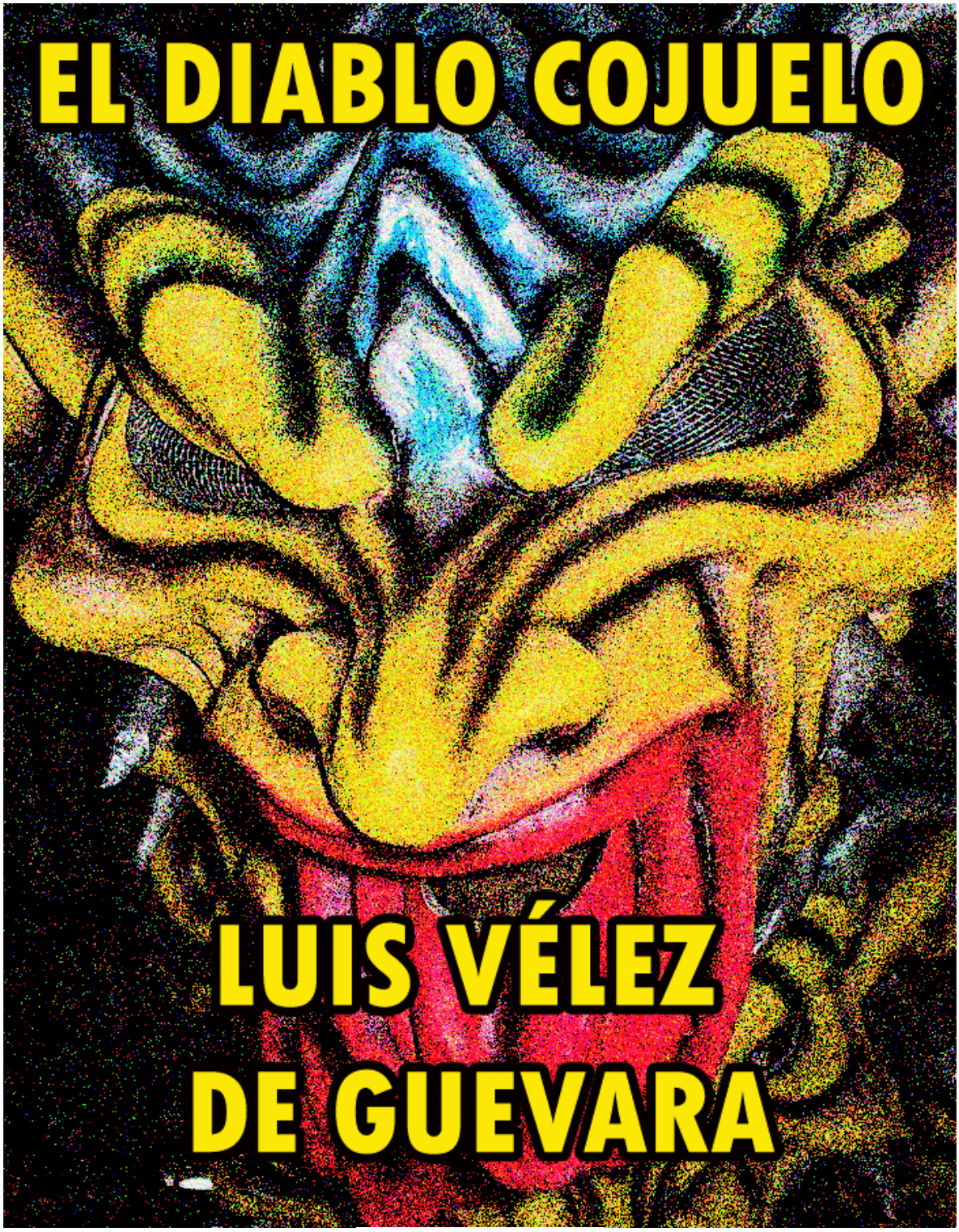
EL DIABLO COJUELO
LUIS VÉLEZ DE GUEVARA



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CARTA DE RECOMENDACIÓN AL CÁNDIDO O MORENO LECTOR[1]

Lector amigo: yo he escrito este discurso (que no me he atrevido a llamarle libro) asándome de la jineta de los consonantes a la brida de la prosa, en las vacantes que me han dado las despensas[2] de mi familia y los autores de las comedias por su Majestad[3]; y como es El Diablo Cojuelo, no lo reparto en capítulos, sino en trancos[4]. Suplícote que los des en su leyenda[5], porque tendrás menos que censurarme, y yo que agradecerte. Y, por no ser para más, ceso; y no de rogar a Dios que me conserve en tu gracia.

De Madrid, a los que fueren entonces del mes y del año, y tal y tal y tal.

EL AUTOR Y EL TEXTO

1. Cándido, en su acepción etimológica de «blanco», contrapuesto a moreno.
2, «Necesidades».
3. Autores... Majestad, se refiere a los empresarios que gozaban de licencia real para formar compañía.
4. Porque los cojos andan a trancos; de ahí el llamarlos «cojitransco»».
5, «Lectura»,

TRANCO PRIMERO

Daban en Madrid, por los fines de julio, las once de la no che en punto, hora menguada para las calles, y, por faltar la luna, jurisdicción y término redondo de todo requiebro lechuzo y patarata de la muerte. El Prado boqueaba coches[1] en la última jornada de su paseo, y en los baños de Manzanares los Adanes y las Evas de la Corte, fregados más de la arena que limpios del agua, decían el Ite, rio est[2], cuando don Cleofás Leandro Pérez Zambullo, hidalgo a cuatro vientos, caballero huracán y encrucijada de apellidos, galán de noviciado y estudiante de profesión, con un broquel y una espada, aprendía a gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia, que le venía a los alcances por un estupro que no lo había comido ni bebido (que en el pleito de acreedores de una doncella al uso estaba graduado en el lugar veintidoseno), pretendiendo que el pobre licenciado escotase[3] solo lo que tantos habían meren dado; y como solicitaba escaparse del «para en uno son»[4] (sentencia definitiva del cura de la parroquia y auto que no lo revoca si no es el vicario Responso, juez de la otra vida), no dificultó arrojarse desde el ala del susodicho tejado, como si las tuviera, a la buarda de otro que estaba confinante, nordesteado de una luz que por ella escasamente se brujuleaba[5], estrella de la tormenta que corría, en cuyo desván puso los pies y la boca a un mismo tiempo, saludándolo como a puerto de tales naufragios, y dejando burlados los ministros del agarro

1. Despedía los últimos coches; recuérdese la frase «dar las últimas boqueadas».
2. Como Ite, missa est; es decir, «Se acabó el río».
3. «Pagase»; escotar era pagar algo entre varias personas.
4. Se refiere al matrimonio.
5. «Descubría, adivinaba».

y los honrados pensamientos de mi señora doña Tomasa de Vitigudiño, doncella chanflona[6] que se pasaba de noche como cuarto falso, que, para que surtiese efecto su bellaquería, había cometido otro estelionato[7] más con el capitán de los jinetes a gatas que corrían las costas de aquellos tejados en su demanda, y volvían corridos de que se les hubiese escapado aquel bajel de capa y espada que llevaba cautiva la honra de aquella señora mohatrera de doncellazgos, que juraba entre sí tomar satisfacción de este desaire en otro inocente, chapetón de embustes doncelliles, fiada en una madre que ella llamaba tía, liga don de había caído tanto pájaro forastero.

A estas horas, el estudiante, no creyendo su buen suceso y deshollinando con el vestido y los ojos el zaquizamí, admiraba la región donde había arribado por las extranjeras extravagancias de que estaba adornada la tal espelunca, cuyo avariento farol era un candil de garabato, que descubría sobre una mesa antigua de cadena papeles infinitos, mal compuestos y ordena dos, escritos de caracteres matemáticos, unas efemérides abiertas, dos esferas y algunos compases y cuadrantes, ciertas señales de que vivía en el cuarto de más abajo algún astrólogo, dueño de aquella oficina y embustera ciencia; y llegándose don Cleofás curiosamente (como quien profesaba letras y era algo inclinado a aquella profesión) a revolver los trastos astrológicos, oyó un suspiro entre ellos mismos, que, pareciéndole imaginación o ilusión de la noche, pasó adelante con la atención papeleando los memoriales de Euclides y embelecos de Copérnico. Escuchando segunda vez repetir el suspiro, entonces, pareciéndole que no era engaño de la fantasía sino verdad que se había venido a los oídos, dijo con desgarro y ademán de estudiante valiente:

— ¿Quién diablos suspira aquí?

Respondiéndole al mismo tiempo una voz entre humana y extranjera:

—Yo soy, señor Licenciado, que estoy en esta redoma, adonde

6. Chanflona, moneda falsa muy imperfecta, que sólo se pasaba de noche o con poca luz.

7. ((Fraude, engaño».

me tiene preso ese astrólogo que vive ahí abajo, porque también tiene su punta de la mágica negra, y es mi alcalde dos años habrá.

—Luego ¿familiar eres? —dijo el estudiante.

—Harto me holgara yo — respondieron de la redoma — que entrara uno de la Santa Inquisición, para que, metiéndole a él en otra de cal y canto, me sacara a mí de esta jaula de papagayos de piedra azufre. Pero tú has llegado a tiempo que me puedes rescatar, porque éste, a cuyos conjuros estoy asistiendo, me tiene ocioso, sin emplearme en nada, siendo yo el espíritu más travieso del infierno.

Don Cleofás, espumando valor, prerrogativa de estudiante de Alcalá, le dijo:

— ¿Eres demonio plebeyo, u de los de nombre?

—Y de gran nombre— le repitió el vidrio endemoniado —, y el más celebrado en entrambos mundos.

—¿Lucifer? — le repitió don Cleofás.

—ase es demonio de dueñas y escuderos — le respondió la voz.

— ¿Eres Satanás? — prosiguió el estudiante.

Ese es demonio de sastres y carniceros — volvió la voz a repetirle.
— ¿Belcebú? —volvió a preguntarle don Cleofás. Y la voz a responderle:
—ase es demonio de tahúres, amancebados y carreteros.
—¿Eres Barrabás, Belial, Astarot? —finalmente le dijo el estudiante.
— Esos son demonios de mayores ocupaciones — le respondió la voz —. Demonio más por menudo soy, aunque me meto en todo; yo soy las pulgas del infierno, la chisme, el enredo, la usura, la moharra; yo truje al mundo la zarabanda, el déligo, la chacona, el bullicuzcuz, las cosquillas de la capona, el guiriguirigay, el zambapalo, la mariona, el avilipinti, el pollo, la carretería, el hermano Bartolo, el carcañal, el guineo, el colorín colorado[8]; yo inventé las pandorgas, las jácaras, las

8. Diversos bailes de la época.

papalatas, los cornos, las mortecinas, los títeres, los volatines, los saltambancos, los maesecorales[9], y, al fin, yo me llamo el Diablo Cojuelo.
—Con decir eso — dijo el estudiante — hubiéramos ahorrado lo demás. Vuesa merced me conozca por su servidor; que ha muchos días que le deseaba conocer. Pero, ¿no me dirá, señor Diablo Cojuelo, por qué le pusieron este nombre, a diferencia de los demás, habiendo todos caídos desde tan alto que pudieran quedar todos de la misma suerte y con el mismo apellido?
—Yo, señor don Cleofás Leandro Pérez Zambullo, que ya le se el suyo, o los suyos — dijo el Cojuelo —, porque hemos sido vecinos por esa dama que galanteaba y por quien le ha corrido la justicia esta noche, y de quien después le contaré maravillas, me llamo de esta manera porque fui el primero de los que se levantaron en la rebelión celestial y de los que cayeron y todo; y como los demás dieron sobre mí, me estropearon; y así, quedé más que todos señalado de la mano de Dios y de los pies de todos los diablos, y con este sobrenombre; mas no por eso menos ágil para todas las facciones que se ofrecen en los países bajos, en cuyas empresas nunca me he quedado atrás, antes me he adelantado a todos; que, camino del infierno, tanto anda el cojo como el viento; aunque nunca he estado más sin reputación que ahora en poder de este vinagre, a quien por trato me entregaron mis propios compañeros, porque los traía al retortero a todos, como dice el refrán de Castilla, y cada momento a los más agudos les daba gato por demonio. Sácame de este Argel de vidrio; que yo te pagaré el rescate en muchos gustos, a fe de demonio, porque me precio de amigo de mi amigo, con mis tachas buenas y malas.
— quieres —dijo don Cleofás mudando la cortesía con la familiaridad de la conversación —- que yo haga lo que tú no puedes siendo demonio tan mañoso?
—A mí no me es concedido — dijo el espíritu —, y a ti

9. Papalatas, juegos; comos, mortecinas, burlas pesadas; maesecorales, los que hacían juegos de manos.

sí, por ser hombre con el privilegio del bautismo y libre del poder de los conjuros, con quien han hecho pacto los príncipes de la Guinea infernal. Toma un cuadrante de ésos y haz pedazos esta redoma; que luego, en derramándose, me verás visible y palpable.

No fue escrupuloso ni perezoso don Cleofás, y ejecutando lo que el espíritu le dijo, hizo con el instrumento astronómico jigote del vaso, inundando la mesa sobredicha de un licor turbio, escabeche en que se conservaba el tal Diablillo; y volviendo los ojos al suelo, vio en él un hombrecillo de pequeña estatura, afirmado en dos muletas, sembrado de chichones mayores de marca, calabacino de testa y badea de cogote, chato de narices, la boca formidable y apuntalada en dos colmillos solos, que no tenían más muela ni diente los desiertos de las encías, erizados los bigotes como si hubiera barbado en Hircania[10]; los pelos, de su nacimiento ralos, uno aquí y otro allí, afuer de los espárragos, legumbre tan enemiga de la compañía que, si no es para venderlos en manojos, no se juntan. Bien hayan los berros, que nacen unos entrepernados con otros, como vecindades de la Corte: perdone la malicia de la comparación.

Asco le dio a don Cleofás la figura, aunque necesitaba de su favor para salir del desván, ratonera del astrólogo en que había caído huyendo de los gatos que le siguieron (salvo el guante a la metáfora), y asiéndole por la mano el Cojuelo y diciéndole: «Vamos, don Cleofás, que quiero comenzar a pagarte en algo lo que te debo», salieron los dos por la buarda como si los dispararan de un tiro de artillería, no parando de volar hasta hacer pie en el capitel de la torre de San Salvador, mayor atalaya de Madrid, a tiempo que su reloj daba la una, hora que tocaba a recoger el mundo poco a poco al descanso del sueño: treguas que dan los cuidados a la vida, siendo común el silencio a las fieras y a los hombres; medida que a todos hace iguales, habiendo una prisa notable a quitarse zapa tos y medias, calzones y jubones, basquiñas, verdugados, guardainfantes, polleras, enaguas y guardapiés, para acostarse hombres

10. Como los feroces tigres de Hircania.

y mujeres, que dando las humanidades menos mesuradas, y volviéndose a los primeros originales, que comenzaron el mundo horros[11] de todas estas baratijas; y engestándose[12] al camarada, el Cojuelo le dijo:

—Don Cleofás, desde esta picota de las nubes, que es el lugar más eminente de Madrid (mal año para Menipo[13] en los diálogos de Luciano), te he de enseñar todo lo más notable que a estas horas pasa en esta Babilonia española; que en la confusión fue esotra, con ella, segunda de este nombre.

Y levantando a los techos de los edificios, por arte diabólica, lo hojaldrado, se descubrió, la carne del pastelón de Madrid como entonces estaba, patentemente; que, por el mucho calor estivo, estaba con menos celosías, y tanta variedad de sabandijas racionales en esta arca del mundo, que la del diluvio, comparada con ella, fue de capas y gorras.

11. «Libres».

12. «Encarándose».

13. Filósofo, personaje central de los Diálogos de LUCIANO DE SA MOSATA (siglo II a. C.).

TRANCO SEGUNDO

Quedó don Cleofás absorto en aquella pepitoria humana de tanta diversidad de manos, pies y cabezas, y haciendo grandes admiraciones, dijo:
— ¿Es posible que para tantos hombres, mujeres y niños hay lienzo para colchones, sábanas y camisas? Déjame que me asombre que entre las grandezas de la Providencia divina no sea ésta la menor.
Entonces el Cojuelo, previniéndole, le dijo:
—Advierte que quiero empezar a enseñarte distintamente, en este teatro donde tantas figuras representan, las más notables, en cuya variedad está su hermosura. Mira allí primera mente cómo están sentados muchos caballeros y señores a una mesa opulentísima, acabando una media noche[1] que eso les han quitado a los relojes no más.
Don Cleofás le dijo:
—Todas esas caras conozco; pero sus bolsas no, si no es para servirlas.
—Hanse pasado a los extranjeros, porque las trataban muy mal estos príncipes cristianos — dijo el Cojuelo —, y se han quedado, con las caponas, sin ejercicio.
—Dejémoslos cenar — dijo don Cleofás —, que yo aseguro que no se levanten de la mesa sin haber concertado un juego de cañas para cuando Dios fuere servido, y pasemos adelante; que a estos magnates los más de los días les beso yo las manos, y estas caravanas las ando yo las más de las noches, porque he sido dos meses culto vergonzante de la proa[2] de uno de ellos

1. Una media noche, opípara cena que ciertas personas celebraban intencionadamente a las 12 de la noche del viernes para resarcirse de la abstinencia.
2. Asiento delantero del coche, destinado a -gente de poca categoría.

y estoy encurtido de excelencias y señorías, solamente buenas para veneradas.
—Mira allí —prosiguió el Cojuelo— cómo se está quejando de la orina un letrado, tan ancho de barba y tan espeso, que parece que saca un delfín la cola por las almohadas. Allí está pariendo doña Fáfula, y don Toribio, su indigno consorte, como si fuera suyo lo que paría, muy oficioso y lastimado; y está el dueño de la obra a pierna suelta en esotro barrio, ron cando y descuidado del suceso. Mira aquel preciado de lindo, o aquel lindo de los más preciados, cómo duerme con bigotera, torcidas de papel en las guedejas y el copete, sebillo en las manos, y guantes descabezados, y tanta pasa en el rostro, que pueden hacer colación en él toda la cuaresma que viene. Allí, más adelante, está una vieja, grandísima hechicera, haciendo en un almirez una medicina de drogas restringentes para remendar una doncella sobre su palabra, que se ha de desposar mañana. Y allí, en aquel aposentillo estrecho, están dos enfermos en dos camas, y se han purgado juntos, y sobre quién ha hecho más cursos (como si se hubieran de graduar en la Facultad) se han levantado a matar a almohadazos. Vuelve allí, y mira con atención cómo se está untando[3] una hipócrita a lo moderno, para hallarse en una gran junta de brujas que hay entre San Sebastián y Fuenterrabía, y a fe que nos habíamos de ver en ella si no temiera el riesgo de ser conocido del demonio que hace el cabrón, porque le di una bofetada a mano abierta en la ante cámara de Lucifer, sobre unas palabras mayores que tuvimos; que también entre los diablos hay libro del duelo, porque el autor que le compuso es hijo de vecino del infierno.

Pero mucho más nos podernos entretener por acá, y más si pones los ojos en aquellos dos ladrones que han entrado por un balcón en casa de aquel extranjero rico, con una llave maestra, porque las .ganzúas son a lo antiguo, y han llegado donde está aquel talego de vara y media estofado de patacones de a ocho, a la luz de una linterna que llevan, que, por ser tan grande y no poder arrancarle de una vez, por el riesgo del ruido, determinan abrirle,

3. Era creencia que las brujas se untaban codo el cuerpo, con lo que entraban en trance y se trasladaban al lugar del aquelarre.

y henchir las faltriqueras y los calzones, y volver otra noche por lo demás; y comenzando a desatarle, saca el tal extranjero (que estaba dentro de él guardando su dinero, por no fiar de nadie) la cabeza, diciendo: «Señores ladrones, acá estamos todos», cayendo espantados uno a un lado y otro a otro, como resurrección de aldea, y se vuelven gateando a salir por donde entraron.

—Mejor fuera — dijo don Cleofás — que le hubieran llevado sin desatar en el capullo de su dinero, porque no le sucediera ese desaire, pues que cada extranjero es un talego bautizado; que no sirven de otra cosa en nuestra república y en la suya, por nuestra mala maña. Pero, ¿quién es aquella abada4 con camisa de mujer, que no solamente la cama le viene estrecha, sino la casa, y Madrid, que hace roncando más ruido que la Bermuda, y, al parecer, [bebe] cámaras de tinajas y come jigotes de bóvedas?

—Aquélla ha sido cuba de Sahagú5 , y no profesó — dijo el Cojuelo — si no es el mundo de ahora, que está para dar un estallido, y todo junto puede ser, siendo quien es: que es una bodegonera tan rica, que tiene, a dar rocín por carnero y gato por conejo a los estómagos del vuelo 6, seis casas en Madrid, , en la puerta de Guadalajara más de veinte mil ducados, y con una capilla que ha hecho para su entierro y dos capellanías que ha fundado, se piensa ir al cielo derecha: que aunque pongan una garrucha en la estrella de Venus y un alzaprima en las Siete Cabritillas, me parece que será imposible que suba allá aquel tonel; y como ha cobrado buena fama, se ha echado a dormir de aquella suerte.

—Aténgome — dijo don Cleofás — a aquel caballero tasajo que tiene el alma en cecina, que he echado de ver que es caballero en un hábito que le he visto en una ropilla a la cabecera, y no es el mayor remiendo que tiene, y duerme enroscado

4. «Rinoceronte».

5. Famosa por su extraordinaria capacidad.

6. Es decir, de los pasantes, de los viajeros que pronto «levantaban el vuelo».

7. Distintivo de las órdenes militares.

como lamprea empanada, porque la cama es media sotanilla, que le llega a las rodillas no más.

—Aquél — dijo el Cojuelo — es pretendiente, y está demasiado de gordo y bien tratado para el oficio que ejercita. Bien haya aquel tabernero de Corte, que se quita de esos cuidados y es cura de su vino, que le está bautizando en los pellejos y las tinajas, y a estas horas está hecho diluvio en pena, con su embudo en la mano, y antes de mil años espero verle jugar cañas por el nacimiento de algún príncipe.

—¿Que mucho —dijo don Cleofás— si es tabernero y puede emborrachar a la Fortuna?
—No hayas miedo — dijo el Cojuelo — que se vea en eso aquel alquimista que está en aquel sótano con unos fuelles, inspirando una hornilla llena de lumbre, sobre la cual tiene un perol con mil variedades de ingredientes, muy presumido de acabar la piedra filosofal y hacer el oro; que ha diez años que anda en esta pretensión, por haber leído el arte de Reimundo Lulio[8] y los autores químicos que hablan en este mismo imposible.
—La verdad es — dijo don Cleofás — que nadie ha acertado a hacer el oro si no es Dios, y el sol, con comisión particular suya.
—Eso es cierto —dijo el Cojuelo—, pues nosotros no hemos salido con ello. Vuelve allí, y acompáñame a reír de aquel marido y mujer, tan amigos de coche, que todo lo que habían de gastar en vestir, calzar y componer su casa lo han empleado en aquél, que está sin caballos ahora, y comen y cenan y duermen dentro de él, sin que hayan salido de su reclusión, ni aun para las necesidades corporales, en cuatro años que ha que le compraron; que están encochados, como emparedados, y ha sido tanta la costumbre de no salir de él, que les sirve el coche de conchas, como a la tortuga y al galápago, que en tarascan do cualquiera de ellos la cabeza fuera de él, la vuelven a meter luego, como quien la tiene fuera de su natural, y se resfrían y

8. Durante mucho tiempo se atribuyeron al beato Ramón Llull ciertos tratados de alquimia que nunca escribió, aunque en diferentes puntos de sus obras expone sus opiniones sobre la materia.

acatarran en sacando pie, pierna o mano de esta estrecha religión; y pienso que quieren ahora labrar un desván en él para ensancharse y alquilarle a otros dos vecinos, tan inclinados a coche, que se contentarán con vivir en el caballete de él.
—Esos — dijo don Cleofás — se han de ir al infierno en coche y en alma.
—No es penitencia para menos — respondió el Cojuelo —. Diferentemente le sucede a esotro pobre y casado, que vive en esotra casa más adelante, que después de no haber podido dormir desde que se acostó, con un órgano al oído de niños tiples, contraltos, terceruelas y otros mil guisados de voces que han inventado para llorar, ahora que se iba a trasponer un poco, le ha tocado a rebato un mal de madre de su mujer, tan terrible, que no ha dejado ruda en la vecindad, lana ni papel quemado, escudilla untada con ajo, ligaduras, bebidas, humazos y trescientas cosas más; y a él le ha dado, de andar en camisa, un dolor de ijada, con que imagino que se ha de desquitar del dolor de madre de su mujer.
—No están tan despiertos en aquella casa — dijo don Cleofás — donde está echando una escala aquel caballero que, al parecer, da asalto al cuarto y a la honra del que vive en él; que no es buena señal, habiendo escaleras dentro, querer entrar por las de fuera.
—Allí — dijo el Cojuelo — vive un caballero viejo y rico que tiene una hija muy hermosa y doncella, y rabia por dejarlo de ser con un marqués, que es el que da la escalada, que dice que se ha de casar con ella, que es papel que ha hecho con otras diez o doce, y lo ha representado mal; pero esta no che no conseguirá lo que desea, porque viene un alcalde de ronda, y es muy antigua costumbre de

nosotros ser muy regatones en los gustos, y, como dice vuestro refrán, si la podemos dar roma, no la damos aguileña.
— voces —dijo don Cleofás— son las que dan en esotra casa más adelante, que parece que pregonan algún demonio que se ha perdido?
—No seré yo, que me he rescatado —dijo el Cojuelo—, si no es que me llaman a pregones del infierno por el quebrantamiento de la redoma; pero aquél es un garitero que ha dado esta noche ciento y cincuenta barajas, y se ha endiablado de cólera porque no le han pagado ninguna y se van los actores y los reos con las costas en el cuerpo, tras una pendencia de barato sobre uno que juzgó mal una suerte, y los mete en paz aquella música que dan a cuatro voces en esotra calle unos criados de un señor a una mujer de un sastre que ha jurado que los ha de coser a puñaladas.
—Si yo fuera el marido —dijo don Cleofás—, más los tuviera por gatos que por músicos.
—Ahora te parecerán galgos — dijo el Cojuelo —, porque otro competidor de la sastra, con una gavilla de seis o siete, vienen sacando las espadas, y los Orfeos de la maesa, reparan do la primera invasión con las guitarras, hacen una fuga de cuatro o cinco calles. Pero vuelve allí los ojos: verás cómo se va desnudando aquel hidalgo que ha rondado toda la no che, tan caballero del milagro en las tripas como en las de más facciones, pues quitándose una cabellera, queda calvo; y las narices de carátula, chato; y unos bigotes postizos, lampiño; y un brazo de palo, estropeado; que pudiera irse más camino de la sepultura que de la cama. En esotra casa más arriba, está durmiendo un mentiroso con una notable pesadilla, porque sueña que dice verdad. Allí, un vizconde, entre sueños, está muy vano porque ha regateado la excelencia a un grande. Allí está muriendo un fullero, y ayudándole a bien morir un testigo falso, y por darle la bula de la Cruzada, le da una baraja de naipes, porque muera como vivió, y él, boquean do, por decir «Jesús», ha dicho «flux»[9]. Allí, más arriba, un boticario está mezclando la piedra bezar con los polvos de sen. Allí sacan un médico de su casa para una apoplejía que le ha dado a un obispo. Allí llevan aquella comadre para partear a una preñada de medio ojo[10], que ha tenido dicha en darle los dolores a estas horas. Allí, doña Tomasa, tu dama, en enaguas, está abriendo la puerta a otro, que a estas horas le oye de amor.
9. Término de juego de naipes.
10. Es decir, la que ocultaba su preñez.

— Déjame — dijo don Cleofás —: bajaré sobre ella a matarla a coces.
—Para estas ocasiones se hizo el tate, tate — dijo el Cojuelo—; que no es salto para de burlas. Y te espantas de pocas cosas: que sin este enamorado murciélago, hay otros ochenta, para quien tiene repartidas las horas del día y de la noche.
— Por vida del mundo — dijo don Cleofás — que la tenia por una santa!
—Nunca te creas de ligero — le replicó el Diablillo—. Y vuelve los ojos a mi astrólogo: verás con las pulgas e in quietud que duerme: debe de haber sentido pasos en su desván y recela algún detrimento de su redoma. Consuélese con su

vecino, que, mientras está roncando a más y mejor, le están sacando a su mujer, como muela, sin sentirlo, aquellos dos soldados.
—Del mal lo menos — dijo don Cleofás —; que yo sé del marido ochodurmniente[11] que dirá cuando despierte lo mismo.
—Mira allí — prosiguió el Cojuelo —aquel barbero, que, soñando, se ha levantado y ha echado unas ventosas a su mujer, y le ha quemado con las estopas las tablas de los muslos, y ella da gritos, y él, despertando, la consuela diciendo que aquella diligencia es bueno que esté hecha para cuando fuere menester. Vuelve allí los ojos a aquella cuadrilla de sastres que están acabando unas vistas para un tonto que se casa a ciegas, que es lo mismo que por relación, con una doncella tarasca, fea, pobre y necia, y le han hecho creer al contrario con un retrato que le trujo un casamentero, que a estas horas se está levantando con un pleitista que vive pared y medio de él, el uno a cansar ministros y el otro a casar todo el linaje humano; que solamente tú, por estar tan alto, estás seguro de este demonio, que en algún modo lo es más que yo. Vuelve los ojos y mira aquel cazador mentecato del gallo, que está ensillando su rocín a estas horas y poniendo la escopeta debajo del caparazón, y deja de dormir

11 Alusión a los llamados «siete durmientes», hermanos emparedados, en efeso, por orden del emperador Decío que, según se creía, fueron encontrados dormidos, en el mismo lugar, dos siglos después.

de aquí a las nueve de la mañana por ir a matar un conejo, que le costaría mucho menos aunque le comprara en la despensa de Judas. Y al mismo tiempo advierte cómo a la puerta de aquel rico avariento echan un niño (que por partes de su padre puede pretender la beca del Anticristo [12]), y él, en grado de apelación, da con él en casa de un señor que vive junto a la suya, que tiene talle de comérselo antes que criarlo, porque ha días que su despensa espera el domingo de casi ración[13] Pero ya el día no nos deja pasar adelante; que el agua ardiente y el letuario son sus primeros crepúsculos, y viene el sol haciendo cosquillas a las estrellas, que están jugando a salga la parida, y dorando la píldora del mundo, tocando al arma a tantas bolsas y talegos y dando rebato a tantas ollas, sartenes y cazuelas, y no quiero que se valga de mi industria para ver los secretos que le negó la noche: cuéstele brujelearlo por resquicios, claraboyas y chimeneas.
Y volviendo a poner la tapa al pastelón, se bajaron a las calles.

12, Hijo de clérigo.
13. Domingo de Cuasimodo.

TRANCO TERCERO

Ya comenzaban en el puchero humano de la Corte a hervir hombres y mujeres, unos hacia arriba, y otros hacia abajo, y otros de través, haciendo un cruzado al son de su misma con fusión, y el piélago racional de Madrid a sembrarse de ballenas con ruedas, que por otro nombre llaman coches, trabándose la batalla del día, cada uno con designio y negocio diferente, y pretendiéndose engañar los unos a los otros, levantándose una polvareda de embustes y mentiras, que no se des

cubría una brizna de verdad por un ojo de la cara, y don Cleofás iba siguiendo a su camarada, que le había metido por una calle algo angosta, llena de espejos por una parte y por otra, donde estaban muchas damas y lindos mirándose y poniéndose de diferentes posturas de bocas, guedejas, semblantes, ojos, bigotes, brazos y manos, haciéndose cocos[1] a ellos mismos. Preguntóle don Cleofás qué calle era aquélla, que le parecía que no la había visto en Madrid, y respondióle el Cojuelo:

—Esta se llama la calle de los Gestos, que solamente saben de ella estas figuras de la baraja de la Corte, que vienen aquí a tomar el gesto con que han de andar aquel día, y salen con perlesía de lindeza, unos con la boquíta de riñón, otros con los ojitos dormidos, roncando hermosura, y todos con los dedos de las manos, índice y meñique, levantados, y esotros, de Gloria Patri[2] Pero salgámonos muy aprisa de aquí; que con tener estómago de demonio y no haberme mareado las maretas del infierno, me le han revuelto estas sabandijas, que nacieron para desacreditar la naturaleza y el rentoy[3].

1. Gustándose a sí mismos, como Narcisos.
2. Inclinados, como al rezar el Gloria Patri.
3. Juego a base de gestos y señas.

Con esto, salieron de esta calle a una plazuela donde había gran concurso de viejas que habían sido damas cortesanas[4], y mozas que entraban a ser lo que ellas habían sido, en grande contratación unas con otras. Preguntó el estudiante a su cama rada qué sitio era aquél, que tampoco le había visto, y él le respondió:

—Este es el baratillo de los apellidos, que aquellas da mas pasas truecan con estas mozas albillas por medias traídas, por zapatos viejos, valonas, tocas y ligas, como ya no las han menester; que el Guzmán, el Mendoza, el Enríquez, el Cerda, el Cueva, el Silva, el Castro, el Girón, el Toledo, el Pacheco, el Córdoba, el Manrique de Lara, el Osorio, el Aragón, el Guevara y otros generosos apellidos los ceden a quien los ha menester ahora para el oficio que comienza, y ellas quedan con sus patronímicos primeros de Hernández, Martínez, López, Rodríguez, Pérez, González, etc.; porque, al fin de los años mil, vuelven los nombres por donde solían ir.

—Cada día — dijo el estudiante — hay cosas nuevas en la Corte.

Y, a mano izquierda, entraron a otra plazuela al modo de la de los Herradores, donde se alquilaban tías, hermanos, primos y maridos, como lacayos y escuderos, para damas de achaque que quieren pasar en la Corte con buen nombre y encarecer su mercadería.

A la mano derecha de este seminario andante estaba un grande edificio, a manera de templo sin altar, y en medio de él, una pila grande de piedra, llena de libros de caballerías y novelas, y alrededor, muchos muchachos de diez a diez y siete años y algunas doncelluelas de la misma edad, y cada uno y cada una roo su padrino al lado, y don Cleofás le preguntó a su compañero que le dijese qué era esto, que todo le parecía que lo iba soñando.

El Cojuelo le dijo:

—Algo tiene (le eso este fantástico aparato; pero ésta es, don Cleofás, en efecto, la pila de los dones, y aquí se bautizan

4. «Mujeres públicas».

los que vienen a la Corte sin él. Todos aquellos muchachos son pajes para señores, y aquellas muchachas, doncellas para señoras de media talla, que han menester el don para la autoridad de las casas que entran a servir, y ahora les acaban de bautizar con el don. Por allí entra ahora una fregona con un vestido alquilado, que la trae su ama a sacar de don, como de pila, para darla el tusón de las damas, porque le pague en esta moneda lo que le ha costado el criarla, y aun ella parece que se quiere volver al paño, según viene bruñida de esmeril.

—Un moño y unos dientes postizos y un guardainfante pueden hacer esos milagros —dijo don Cleofás—. Pero qué acompañamiento — prosiguió diciendo — es este que entra ahora, de tanta gente lucida, por la puerta de este templo con sagrado al uso del siglo?

—Traen a bautizar — dijo el Cojuelo — un regidor muy rico de un lugar aquí cercano, de edad de setenta años, que se viene al don por su pie, porque sin él le han aconsejado sus parientes que no cae tan bien el regimiento. Llamase Pascual, y vienen altercando si sobre Pascual le vendrá bien el don, que parece don estravagante de la iglesia de los dones.

—Ya tienen ejemplar — dijo don Cleofás — en don Pas cual, ese que llamaron todos loco, y yo, Diógenes de la ropa vieja, que andaba cubierta la cabeza con la capa, sin sombrero, en traje de profeta, por esas a)les.

—Mudáranle el nombre, mi parecer — prosiguió el Cojuelo —, por no tener en su lugar regidor Pascual, como cirio de los regidores.

—Dios les inspire — dijo don Cleofás — lo que más con venga a su regimiento, como la cristiandad de los regidores ha menester.

—En acabando de tomar el señor regidor — dijo el Cojuelo — el agua del don, espera allí un italiano hacer lo mismo con un elefante que ha traído a enseñar a la puerta del Sol.

—Los más suelen llamarse — dijo el estudiante — don Pedros, don Juanes y don Alonsos. No sé cómo ha tenido tanto descuido su ayo o naire, como lo llaman los de la India Oriental; plebeyo debía de ser este animal, pues ha llegado tan tarde al don. Vive Dios que me le he de quitar yo, porque me des bautizan y desdonan los que veo.

—Sígueme — dijo el Cojuelo—, y no te amohines; que bien sabe el don dónde está: que se te ha caído en el Cleofás como la sopa en la miel.

Con esto, salieron del soñado (al parecer) edificio, y en frente de él descubrieron otro, cuya portada estaba pintada de sonajas, guitarras, gaitas zamoranas, cencerros, cascabeles, ginebras, caracoles, castrapuercos, pandorga prodigiosa de la vida, y preguntó don Cleofás a su amigo qué casa era aquella que mostraba en la portada tanta variedad de instrumentos vulgares, — que tampoco la he visto en la Corte, y me parece que hay dentro mucho regocijo y entretenimiento.

—Esta es la casa de los locos — respondió el Cojuelo — que ha poco que se instituyó en la Corte, entre unas obras pías que dejó un hombre muy rico y muy cuerdo, donde se castigan y curan locuras que hasta ahora no lo habían parecido.
—Entremos dentro — dijo don Cleofás — por aquel postiguillo que está abierto, y veamos esta novedad de locos.
Y, diciendo y haciendo, se entraron los dos, uno tras otro. Pasando un zaguán, donde estaban algunos de los convalecientes pidiendo limosna para los que estaban furiosos, llegaron a un patio cuadrado, cercado de celdas pequeñas por arriba y por abajo, que cada una de ellas ocupaba un personaje de los susodichos. A la puerta de una de ellas estaba un hombre, muy bien tratado de vestido, escribiendo sobre la rodilla y sentado sobre una banqueta, sin levantar los ojos del papel, y se había sacado uno con la pluma sin sentirlo. El Cojuelo le dijo:
—Aquél es un loco arbitrista que ha dado en decir que ha de hacer la reducción de los cuartos, y ha escrito sobre ello más hojas de papel que tuvo el pleito de don Alvaro de Luna.
—Bien haya quien le trujo a esta casa — dijo don Cleofás—; que son los locos más perjudiciales de la república.
—Esotro que está en esotro aposentillo — prosiguió el Cojuelo — es un ciego enamorado, que está con aquel retrato en la mano, de su dama, y aquellos papeles que le ha escrito, como si pudiera ver lo uno ni leer lo otro, y da en decir que ve con los oídos. En esotro aposentillo lleno de papeles y libros está un gramaticón que perdió el juicio buscándole a un verbo griego el gerundio. Aquel que está a la puerta de esotro aposentillo con unas alforjas al hombro y en calzón blanco, le han traído por que, siendo cochero, que andaba siempre a caballo, tomó oficio de correo de a pie. Esotro que está en esotro de más arriba con un halcón en la mano, es un caballero que, habiendo heredado mucho de sus padres, lo gastó todo en la cetrería y no le ha quedado más que aquel halcón en la mano, que se las come de hambre. Allí está un criado de un señor que, teniendo qué comer, se puso a servir. Allí está un bailarín que se ha quedado sin son, bailando en seco. Más adelante está un historiador que se volvió loco de sentimiento de haberse perdido tres décadas[5] de Tito Livio. Más adelante está un colegial cercado de mitras, probándose la que le viene mejor, porque dio en decir que había de ser obispo. Luego, en esotro aposentillo, está un letrado que se desvaneció en pretender plaza de ropa[6], y de letrado dio en sastre, y está siempre cortando y cosiendo garnachas. En esotra celda, sobre un cofre lleno de doblones, cerrado con tres llaves, está sentado un rico avariento, que, sin tener hijo ni pariente que le herede, se da muy mala vida, siendo esclavo de su dinero y no comiendo más que un pastel de a cuatro, ni cenando más que una ensalada de pepinos, y le sirve de cepo su misma riqueza. Aquel que canta en esotra jaula es un músico sinsonte, que remeda los demás pájaros, y vuelve de cada pasaje como de un parasismo. Está preso en esta cárcel de los delitos del juicio porque siempre cantaba, y cuando le rogaban que cantase, de jaba de cantar.
—Impertinencia es ésa casi de todos los de esta profesión.

—En el brocal de aquel pozo que está en medio del patio se está mirando siempre una dama muy hermosa, como lo verás si ella alza la cabeza, hija de pobres y humildes padres, que queriéndose casar con ella muchos hombres ricos y caballeros, ninguno la contentó, y en todos halló una y muchas faltas, y está arada allí en una cadena porque, como Narciso,

5. Se refiere a las Décadas, famosa obra histórica de TITO Livio.
6. Plaza de ropa, oficio para que el se usaba toga o garnacha.

enamorada de su hermosa, no se anegue en el agua que le sirve de espejo, no teniendo en lo que pisa al sol ni a todas las estrellas. En aquel pobre aposentillo enfrente, pintado por de fuera de llamas, está un demonio casado, que se volvió loco con la condición de su mujer.

Entonces don Cleofás le dijo al compañero que le enseñaba todo este retablo de duelos:

—Vámonos de aquí, no nos embarguen por alguna locura que nosotros ignorarnos; porque en el mundo todos somos lo cos, los unos de los otros.

El Cojuelo dijo:

—Quiero tomar tu consejo, porque, pues los demonios enloquecen, no hay que fiar de sí nadie.

—Desde vuestra primera soberbia — dijo don Cleofás — todos lo estáis: que el infierno es casa de todos los locos más furiosos del mundo.

—Aprovechado estás — dijo el Cojuelo —, pues hablas en lenguaje ajustado.

Con esta conversación salieron de la casa susodicha, y a mano derecha dieron en una calle algo dilatada que por una parte y por otra estaba colgada de ataúdes, y unos sacristanes con sus sobrepellices paseándose junto a ellos, y muchos sepultureros abriendo varios sepulcros, y don Cleofás le dijo a su camarada:

—¿Qué calle es ésta, que me ha admirado más que cuan tas he visto, y me pudiera obligar a hablar más espiritual mente que con lo primero de que tú te admiraste?

—Esta es más temporal y del siglo que ninguna — le respondió el Cojuelo —, y la más necesaria, porque es la ropería de los abuelos, donde cualquiera, para todos los actos positivos[7] que se le ofrece y se quiere vestir de un abuelo, por que el suyo no le viene bien, o está traído, se viene aquí, y por su dinero escoge el que le está más a propósito. Mira allí aquel caballero torzuelo cómo se está probando una abuela que ha menester, y esotro, hijo de quien él quisiere, se está

7. Demostrativos de limpieza de sangre, nobleza y virtud.

vistiendo otro abuelo, y le viene largo de talle. Esotro más abajo da por otro abuelo el suyo, y dineros encima, y no se acaba de concertar porque le tiene más de costa al sacristán, que es el ropero. Otro, a esotra parte, llega a volver un abuelo suyo de dentro afuera y de detrás adelante, y a remendarlo con la abuela de otro. Otro viene allí con la justicia a hacer que le vuelvan un abuelo que le habían hurtado, y le ha hallado colgado en la ropería. Si hubieres menester algún abuelo o abuela para algún crédito sic tu calidad, a tiempo estamos, dos Cleofás Leandro; que yo tengo aquí un ropero amigo que desnuda los difuntos la primera noche que los entierran, y nos le fiará por el tiempo que quisieres.

—Dineros he menester yo; que abuelos no — respondió el estudiante —: con los míos me haga Dios bien; que me han dicho mis padres que desciendo de Leandro el animoso, el que pasaba el mar de Abido

en amoroso fuego todo ardiendo,

y tengo mi ejecutoria en las obras sueltas de Boscán y Garcilaso[8].
—Contra hidalguía en verso — dijo el Diablillo — no hay olvido ni cancillería que baste, ni hay más que desear en el mundo que ser hidalgo en consonantes.
—Si a mí me hicieran merced — prosiguió don Cleofás —, entre Salicio y Nemoroso[9] se habían de hacer mis diligencias, que no me habían de costar cien reales; que allí tengo mi Montaña, mi Galicia, mi Vizcaya y mis Asturias.
—Dejemos vanidades agora — dijo el Cojuelo—: que ya sé que eres muy bien nacido en verso y en prosa, y vamos en busca de un figón, a almorzar y descansar, que bien lo habrás menester por lo trasnochado y madrugado, y después pro seguiremos nuestras aventuras.

8. Se refiere a Leandro, amante de Hero, tema de uno de los sonetos de Garcilaso de la Vega (al que pertenece el verso que copia Vélez de Guevara). Las obras de Boscán y Garcilaso se publicaron, juntas, por vez primera en 1543.
9. Personajes de la Egloga I de GARCILASO.

TRANCO CUARTO

Dejemos a estos caballeros en su figón almorzando y des cansando (que, sin dineros, pedían las pajaritas que andaban volando por el aire y al fénix empanado), y volvamos a nuestro astrólogo regoldano y nigromante injerto, que se había vestido con algún cuidado de haber sentido pasos en el desván la noche antes, y, subiendo a él, halló las ruinas que había dejado su familiar en los pedazos de la redoma, y mojados sus papeles, y el tal espíritu ausente. Y viendo el estrago y la falta de su Demoñuelo, comenzó a mesarse las barbas y los cabellos, y a romper sus vestiduras, como rey a lo antiguo. Y estando haciendo semejantes extremos y lamentaciones, entró un diablejo zurdo, mozo de retrete de Satanás, diciendo que Satanás, su señor, le besaba las manos; que había sentido la bellaquería que había usado el Cojuelo; que él trataría de que se castigase, y que entre tanto se quedase él sirviéndole en su lugar. Agradeció mucho el cuidado el astrólogo y encerró el tal espíritu en una sortija de un topacio grande, que traía en un dedo, que antes había sido de un médico, con que a todos cuantos había tomado el pulso había muerto. Y en el infierno se juntaron entre tanto, en sala plena, los más graves jueces de aquel distrito, y haciendo notorio a todos el delito del tal Cojuelo, mandaron despachar requisitoria para que le prendiesen en cualquier parte que le hallasen, y se le dio esta comisión a Cienllamas, demonio comisioriario que había dado muy buena cuenta de otras que le habían encargado, y llevándose consigo por corchetes a Chispa y a Redina, demonios a las veinte, y subiéndose en la mula de Liñán[1], salió del infierno con vara alta de justicia en busca del dicho delincuente.

En este tiempo, sobre la paga de lo que habían almorzado, habían tenido una pesadumbre el revoltoso Diablillo y don Cleofás con el figón, en que intervinieron asadores y torteras; porque lo que es del diablo, el diablo se lo ha de llevar; y acudiendo la justicia al alboroto, se salieron por una ventana; y cuando el alguacil de Corte con la gente que llevaba pensaba cogerlos, estaban ya de esotra parte de Getafe, en demanda de Toledo, y dentro de un minuto, en las ventillas de Torrejón, y en un cerrar de ojos, a vista de la puerta de Bisagra, dejando la real fábrica del Hospital de afuera a la derecha mano; y volviéndose el estudiante al camarada, le dijo:

—Lindos atajos sabes: malhaya quien no caminara con tigo todo el mundo, mejor que con el Infante don Pedro de Portugal, el que anduvo las siete partidas de él.

—Somos gente de buena maña — respondió el Cojuelo.

Y cuando estaban hablando en esto, llegaban al barrio que llaman de la Sangre de Cristo y al mesón de la Sevillana, que es el mejor de aquella ciudad. El Diablo Cojuelo le dijo al estudiante:

—asta es muy buena posada para pasar esta noche y para descansar de la pasada; éntrate dentro y pide un aposento y que te aderecen de cenar; que a mí me importa llegarme esta noche a Constantinopla a alborotar el serrallo del Gran Turco y hacer degollar doce o trece hermanos que tiene, por miedo de que no conspiren a la Corona, y volverme de camino por los Cantones de los esguízaros y por Ginebra a otras diligencias de este modo, por sobornar con algunos servicios a mi amo, que debe de estar muy indignado contra mí por la travesura pasada; que yo estaré contigo antes que den las siete de la mañana.

Y, diciendo y haciendo, se metió por esos aires como por un viña vendimiada, meando la pajuela[2] a todo pajarote y ciudadano de la región etérea, a fuer de los de la jerigonza crítica, y don Cleofás se entró a tomar posada, que, aunque estaba llena de muchos pasajeros que habían venido con los

2, «Desafiando».

galeones y pasaban a la Corte, con todo, al huésped nuevo hirieron cortesía, porque la persona de don Cleofás traía consigo cartas de recomendación, como dicen los cortesanos antiguos.

Convidáronle a cenar unos caballeros soldados aquella no che, preguntándole nuevas de Madrid, y después de haber cumplido con la celebridad de los brindis por el Rey (Dios le guarde), por sus damas y sus amigos, y haber dado las aceitunas con los palillos carta de pago de la cena, se fue cada uno a recoger a su aposento,. porque habían de tomar la madrugada para llegar con tiempo a Madrid, y don Cleofás hizo lo mismo en el que le señaló el huésped, sintiendo la soledad del compañero en algún modo, porque le traía tan entretenido; y haciendo varios discursos sobre la almohada, se quedó corno un pajarito, jurando al silencio de las sombras, como lo demás del mundo, el mesón de la Sevillana el natural vasallaje con el sueño: que solas [Las] grullas, los murciélagos y lechuzas estaban de posta a su cuerpo de guardia. Cuando a las dos de la noche unas temerosas voces

repetían « ¡Fuego, fuego! a, despertaron a los dormidos pasajeros, con el sobresalto y asombro que suele causar cualquier alboroto a los que están durmiendo, y más oyendo apellidar « ¡fuego! », voz que con más terror atemoriza los ánimos más constantes, rodando unos las escale ras por bajar más aprisa; otros, saltando por las ventanas que caían al patio de la posada; otros que, por las pulgas u temor de las chinches, dormían en cueros, como vinagre, hechos Adanes del baratillo, poniendo las manos donde habían de estar las hojas de higuera, siguiendo a los demás, y acompañándolos don Cleofás, con los calzones revueltos al brazo y una alfajía que, por no encontrar la espada, halló acaso en su aposento: como si en los incendios y fantasmas importase andar a palos ni a cuchilladas, natural socorro del miedo en las repentinas invasiones.

Salió, en esto, el huésped en camisa, los pies en unas empanadas de Frenegal[3], cinchado con una faja de grana de polvo el estómago, y un candil de garabato en la mano, diciendo

3. Zapatos de cuero de Fregenal de la Sierra.

que se sosegasen; que aquel ruido no era de cuidado; que se volviesen a sus camas, que él pondría remedio en ello. Apretóle don Cleofás (como más amigo de saber) le dijese la causa de aquel alboroto; que no se había de volver a acostar sin descifrar aquel misterio. El huésped le dijo muy severo que era un estudiante de Madrid que había dos u tres meses que entró a posar en su casa, y que era poeta de los que hacen comedias, y que había escrito dos, que se las habían chillado en Toledo y apedreado como viñas, y que estaba acabando de escribir la comedia de Troya abrasada, y que sin duda debía de haber llegado al paso del incendio, y se convertía tanto en lo que escribía, que habría dado aquellas voces; que por otras experiencias pasadas sacaba él que aquello era verdad infalible como él decía; que para confirmarlo, subiesen con él a su aposento y hallarían verdadero este discurso.

Siguieron al huésped todos de la suerte que estaban, y entrando en el aposento del tal poeta, le hallaron tendido en el suelo, despedazada la media sotanilla, revolcado en papeles y echando espumarajos por la boca, y pronunciando con mucho desmayo: « ¡Fuego, fuego! a, que casi no podía echar el habla, porque se le había metido monja. Llegaron a él muertos de risa y llenos de piedad todos, diciéndole:

—Señor Licenciado, vuelva en sí y mire si quiere beber o comer algo para este desmayo.

Entonces, el poeta, levantando como pudo la cabeza, dijo:

—Si es Eneas y Anquises, con los Penates y el amado Ascanio, ¿ qué aguardáis aquí, que está ya el Ilión hecho cenizas, y Príamo, Paris y Policena, Hécuba y Andrómaca han dado el fatal tributo a la muerte, y a Helena, causa de tanto daño, llevan su presa Menelao y Agamenón? Y lo peor es que los mirmidones se han apoderado del tesoro troyano.

—Vuelva a su juicio — dijo el huésped—; que aquí no hay almidones ni toda esa tropelía de disparates que ha referido, y mucho mejor fuera llevarle a casa del Nuncio[4], donde

4. Casa del Nuncio, hospital de los locos en Toledo, llamado así por haberlo fundado cierto nuncio apostólico, don Francisco Ortiz, a fines del siglo XV.

pudiera ser, con bien justa causa, mayoral de los locos, y meterle en cura; que se le han subido los consonantes a la cabeza, corno tabardillo.
— ¡Qué bien entiende de afectos el señor huésped! — respondió el poeta, incorporándose un poco más.
—De afectos ni de afeites — dijo el huésped — no quiero entender, sino de mi negocio: lo que importa es que mañana hagamos cuenta de lo que me debe de posada, y se vaya con Dios; que no quiero tener en ella quien me la alborote cada día con estas locuras: basten las pasadas, pues comenzando a escribir, recién llegado aquí, la comedia de El Marqués de Mantua, que zozobró y fue una de las silbadas, fueron tantas las prevenciones de la caza y las voces que dio, llaman do a los perros Melampo, Oliveros, Saltamontes, Tragavientos, etcétera, y el « ¡Ataja, ataja!) » y el «¡ Guarda el oso cerdoso, y el jabalí colmilludo! », que malparió una señora preñada que pasaba de Andalucía a Madrid, del sobresalto; y en esotra de El Saco de Roma, que entrambas parecieron cual tenga la salud, fue el estruendo de las cajas[5] y trompetas, haciendo pedazos las puertas y ventanas de este aposento a tan desusadas horas como éstas, y el « ¡Cierra, España! », «¡ Santiago, y a ellos! », y el jugar la artillería con la boca, corno si hubiera ido a la escuela con un petardo, o criádose con el basilisco de Malta, que engañó el rebato a una compañía de infantería que alojaron aquella noche en mi casa, de suerte, que, tocando al arma, se hubieron de hacer a escuras unos soldados pedazos con otros, acudiendo al ruido media Toledo con la justicia, echándome las puertas abajo, y amenazó a hacer una de todos los diablos; que es poeta grulla, que siempre está en vela, y halla consonantes a cualquiera hora de la noche y de la madrugada.
El poeta dijo entonces:
—Mucho mayor alboroto fuera si yo acabara aquella comedia de que tiene vuesa merced en prendas dos jornadas por lo que le debo, que la llamo Las Tinieblas de Palestina, donde

5. «Tambores militares»

es fuerza que se rompa el velo del Templo en la tercera jornada, y se oscurezca el sol y la luna, y se den unas piedras con otras, y se venga abajo toda la fábrica celestial con truenos y relámpagos, cometas y exhalaciones, en sentimiento de su Hacedor; que por faltarme los nombres que he de poner a los sayones no la he acabado. ¡Ahí me dirá vuesa merced, señor huésped, qué fuera ello!
—Váyase — dijo el mesonerazo — a acabarla al Calvario, aunque no faltará, en cualquiera parte que la escriba, o la re presenten, quien le crucifique a silbos, legumbre y edificio.

—Antes resucitan con mis comedias los autores — dijo el poeta —; y para que conozcan todos vuesas mercedes esta ver dad y admiren el estilo que llevan todas las que yo escribo, ya que se han levantado a tan buen tiempo, quiero leerles ésta.
Y, diciendo y haciendo, tomó en la mano una rima de vueltas de cartas viejas, cuyo bulto se encaminaba más a pleito de tenuta[6] que a comedia, y arqueando las cejas y deshollinándose los bigotes, dijo, leyendo el título, de esta suerte:
—Tragedia Troyana, Astucias de Sinón, Caballo griego, Amantes adúlteros y Reyes endemoniados. Sale lo primero por el patio, sin haber cantado, el Paladión, con cuatro mil griegos por lo menos, armados de punta en blanco, dentro de él.
—Cómo —le replicó un caballero soldado de aquellos que estaban en cueros (que parece que se habían de echar a nadar en la comedia) — puede toda esa máquina entrar por ningún patio ni coliseo de cuantos hay en España, ni por el del Buen Retiro, afrenta de los romanos anfiteatros, ni por una plaza de toros?
— ¡Buen remedio — respondió el poeta —. Derribaráse el corral y dos calles junto a él para que quepa esta tramoya, que es la más portentosa y nueva que los teatros han visto; que no siempre sucede hacerse una comedia como ésta, y será tanta la ganancia, que podrá muy bien a sus ancas sufrir todo este gasto. Pero escuchen, que ya comienza la obra, y atención, por mi amor. Salen por el tablado, con mucho ruido de chirimías

6. Retención provisional de las rentas de un mayorazgo en litigio.

y atabalillos, Príamo, rey de Troya, y el príncipe Paris, y Helena, muy bizarra en un palafrén, en medio, y el Rey a la mano derecha (que siempre de esta manera guardo el decoro a las personas reales), y luego, tras ellos, en palafrenes negros, de la misma suerte, once mil dueñas a caballo.
—Más dificultosa apariencia es ésa que esotra — dijo uno de los oyentes —, porque es imposible que tantas dueñas jun tas se hallen.
—Algunas se harán de pasta — dijo el poeta—, y las demás se juntarán de aquí para allí; fuera de que si se hace en la Corte, ¿qué señora habrá que no envíe sus dueñas prestadas para una cosa tan grande, por estar los días que se representare la comedia, que será, por lo menos, siete u ocho meses, libres de tan cansadas sabandijas?
Hubiéronse de caer de risa los oyones, y de una carcajada se llevaron media hora de reloj, al son de los disparates de tal poeta, y él prosiguió diciendo:
—No hay que reírse; que si Dios me tiene de sus consonantes, ha de rellenar el mundo de comedias mías, y ha de ser Lope de Vega (prodigioso monstruo español y nuevo Tostado[7] en verso) niño de teta conmigo, y después me he de retirar a escribir un poema heroico para mi posteridad, que mis hijos o mis sucesores hereden, en que tengan toda su vida que roer sílabas. Y agora oigan vuesas mercedes… — amagan do a comenzar (el brazo derecho levantado) los versos de la comedia, cuando todos a una voz le dijeron que lo dejase para más espacio, y el huésped, indignado (que sabía poco de filis[8]) le volvió a advertir que no había de estar un día más en la posada.

La encamisada, pues, de los caballeros y soldados se puso a mediar con el huésped el caso, y don Cleofás, sobre un Arte poética de Rengifo[9], que estaba también corriendo borrasca entre esotros legajos por el suelo, tomó pleito homenaje al tal

7. Alusión a Alfonso de Madrigal, «el Tostado del siglo XV, famoso por su fecundidad.
8. De finuras, de delicadezas.
9. Publicada por vez primera en Salamanca, en 1592.

poeta, puestas la manos sobre los consonantes, jurando que no escribiría más comedias de ruido, sino de capa y espada, con que quedó el huésped satisfecho. Y con esto se volvieron a sus camas; y el Poeta, calzado y vestido, con su comedia en la mano, se quedó tan aturdido sobre la suya, que apostó a roncar con los Siete Durmientes, a peligro de no valer la moneda cuando despertase.

TRANCO QUINTO

Dentro de muy pocas horas lo fue de volverse a levantar los huéspedes al quitar, haciendo la cuenta con ellos de la noche pasada el huésped de por vida[1], esperezándose bostezando de lo trasnochado con el poeta, y trataron de caminar, ensillando los mozos de mulas y poniendo los frenos al son de seguidillas y jácaras, y brindándose con vino y pullas las unos a los otros, ribeteándolas con tabaco en polvo y en humo, cuando don Cleofás también despertó, tratando de vestirse, con algunas saudades de su dama: que las malas corres pondencias de las mujeres a veces despiertan más la voluntad. Y antes que diesen las ocho, como había dicho, entró por el aposento el camarada, en traje turquesco, con almalafa y turbante, señales ciertas de venir de aquel país, diciendo:
—¿Heme tardado mucho en el viaje, señor Licenciado?
El le respondió sonriéndose:
—Menos se tardó vuesa merced desde el cielo al infierno, con haber más leguas, cuando rodó con todos esos príncipes que no han podido gatear otra vez a la maroma de donde cayeron.
—¿Al amigo, señor don Cleofás —respondió el Cojuelo—, chinche en el ojo, como dice el refrán de Castilla? ¡Bueno, bueno!
—Pocos hay — respondió el estudiante — que en ofreciéndose el chiste, miren esos respetos; pero esto lo digo yo en galantería y la amistad que hay ya entre nosotros. Mas dejan do esto aparte, ¿cómo nos ha ido por esos mundos?

1. Huéspedes al quitar, los que abandonan la posada; huésped de por vida, el hospedero o mesonero.

—Hice todo a lo que fui, y mucho más — respondió el genízaro recién venido—, y si quisiera, me jurara por Gran Turco aquella buena gente; que a fe que alguna guarda mejor su palabra, y saben decir verdad y hacer amistades, que vosotros los cristianos.
—¡Qué presto te pagaste! — dijo don Cleofás —. Algún cuarto debes de tener de demonio villano.

—Es imposible — respondió el Cojuelo —, porque descendemos todos de la más noble y más alta Montaña de la tierra y del cielo, y aunque seamos zapatero de viejo, en siendo montañeses, todos somos hidalgos; que muchos de ellos nacen, como los escarabajos y los ratones, de la putrefacción.
—Bien sé que sabes Filosofía — le dijo don Cleofás —, mejor que si la hubieras estudiado en Alcalá, y que eres maestro en primeras licencias. Dejemos estas digresiones y acaba de darme cuenta de tu jornada.
—Con el traje del país, como ves — respondió el Diablillo —, por ensuciarlos todos (como cierto amigo que, por desaseado en extremo, ensució el de soldado, el de peregrino y estudiante), volví por los Cantones, por la Bertolina[2] y Ginebra, y no tuve que hacer nada en estos países, porque sus paisanós son demonios de sí mismos, y éste es el juro de heredad que más seguro tenemos en el infierno, después de las Indias. Fui a Venecia, por ver una población tan prodigiosa, que está fundada en el mar, y de su natural condición tan bajel de argamasa y sillería, que, como la tiene en peso el piélago Mediterráneo, se vuelve a cualquier viento que le sopla. Estuve en la plaza de San Marcos, platica con unos criados de unos clarísimos, esta mañana, y hablando en las gacetas de la guerra, les dije que en Constantinopla se había sabido, por espías que estaban en España, que hay grandes prevenciones de ella, y tan prodigiosas, que hasta lo difuntos se levantan, al son de las cajas, de los sepulcros para este efecto, y hay quien diga que entre ellos había resucitado el gran Duque de Osuna; y apenas lo acabé de pronunciar, cuando me escurrí, por no perder

2. Es decir, la Valtelina, comarca del norte de Italia.

tiempo en mis diligencias; y, dejando el seno Adriático, me sorbí la Marca de Ancona, y por la Romania, a la mano izquierda, dejé a Roma: porque aun los demonios, por cabeza de la Iglesia militante, veneramos su población. Pasé por Florencia a Milán, que no se le da con su castillo dos blancas de la Europa. Vi a Génova la bella, talego del mundo, llena de novedades, y, golfo lanzado, toqué a Vinaroz y a los Alfaques, pasando el de León y Narbona. Llegué a Valencia, que juega cañas dulces con la primavera, metíme en la Mancha (que no hay greda que la pueda sacar), entré en Madrid, y supe que unos parientes de tu dama te andaban a buscar para matarte, porque dicen que la has dejado sin reputación; y lo peor es lo que me chismeó Zancadilla, demonio espía del infierno y sobrestante de las tentaciones: que me andaba a buscar Cien- llamas con una requisitoria; y soy de parecer, para obviar estos dos riesgos, que pongamos tierra en medio. Vámonos a Anda lucía, que es la más ancha del mundo; y pues yo te hago la costa, no tienes que temer nada; que, con el romance que dice:

Tendré el invierno en Sevilla
y el veranito en Granada[3],

no hemos de dejar lugar en ella que no trajinemos.
Y volviéndose a la ventana que salía a la calle, le dijo:

—Hágote puerta de mesón. Vamos, y sígueme por ella, don Cleofás; que hemos de ir a comer a la venta de Darazután, que es en Sierra Morena, veinte y dos o veinte y tres leguas de aquí.
—No importa — dijo don Cleofás —, si eres demonio de portante, aunque cojo.
Y diciendo esto, salieron los dos por la ventana, flechados de sí mismos; y el huésped, desde la puerta, dándole voces al estudiante cuando le vio por el aire, diciendo que le pagase la cama y la posada; y don Cleofás respondiendo que en volviendo de Andalucía cumpliría con sus obligaciones; y el huésped,

3. Estos versos pertenecen al Entremés y baile del Invierno y Ve rano, de Luis QUIÑONES DE BENAVENTE.

que parecía que lo soñaba, se volvió santiguando y diciendo:
—Pluguiera a Dios, como se me va éste, se me fuera el poeta, aunque se me llevara la cama y todo asida a la cola.
Ya, en esto, el Cojuelo y don Cleofás descubrían la dicha venta, y, apeándose del aire, entraron en ella, pidiendo al ven tero de comer, y él les dijo que no había quedado en la venta más que un conejo y un perdigón, que estaban en aquel asador entreteniéndose a la lumbre.
—Pues trasládenlos a un plato — dijo don Cleofás —, señor ventero, y venga el salmorejo, poniéndonos la mesa, pan, vino y salero.
El ventero respondió que fuese en buen hora; pero que esperasen que acabasen de comer unos extranjeros que estaban en eso, porque en la venta no había otra mesa más que la que ellos ocupaban. Don Cleofás dijo:
—Por no esperar, si estos señores nos dan licencia, podremos comer juntos, y ya que ellos van en la silla, nosotros iremos en las ancas.
Y sentándose los dos al paso que lo decían, fue todo uno, trayéndoles el ventero la porción susodicha, con todas sus adherencias e incidencias, y comenzaron a comer en compañía de los extranjeros, que el uno era francés, el otro inglés, el otro italiano y el otro tudesco, que había ya pespuntado la comida más aprisa a brindis de vino blanco y clarete, y tenía a orza la testa, con señales de vómito y tiempo borrascoso, tan zorra de cuatro costados, que pudiera temerle el corral de gallinas del ventero. El italiano preguntó a don Cleofás que de adónde venía, y él le respondió que de Madrid. Repitió el italiano:
—¿Qué nuevas hay de la guerra, señor español?
Don Cleofás le dijo:
—Ahora todo es guerra.
—Y ¿contra quién dicen? —replicó el francés.
—Contra todo el mundo — le respondió don Cleofás —, para ponerlo todo él a los pies del Rey de España.

—Pues a fe — replicó el francés — que primero que el Rey de España...
Y antes que acabase la razón el gabacho, dijo don Cleofás:
—El Rey de España....
Y el Cojuelo le fue a la mano, diciendo:

—Déjame, don Cleofás, responder a mí, que soy español por la vida, y con quien vengo, vengo; que les quiero con alabanzas del Rey de España dar un tapaboca a estos borrachos, que si leen las historias de ella, hallarán que por Rey de Castilla tiene virtud de sacar demonios, que es más generosa cirugía que curar lamparones.
Los extranjeros, habiendo visto callar al español, estaban muy falsos; cuando el Cojuelo, sentándose mejor y tomando la mano, y en traje castellano (que ya había dejado a la guardarropa del viento el turquesco), les dijo:
—Señores míos, mi camarada iba a responder; y a mí, por tener más edad, me toca el hacerlo; escúchenme atentamente, por caridad. El Rey de España es un generosísimo lebrel, que pasa, acaso, solo por una calle, y no hay gozque en ella que a ladrarle no salga, sin hacer caso de ninguno; hasta que se juntan tantos, que se atreve uno, al desembocar de ella a otra, pensando que es sufrimiento y no desprecio, a besarle con la boca la cola; entonces vuelve, y dando una manotada a unos y otra a otros, huyen todos de manera, que no saben dónde me- terse, y queda la calle tan barrida de gozques y con tanto silencio, que aun a ladrar no se atreven, sino a morder las piedras, de rabia. Esto mismo le sucede siempre con los reyes contrarios, con las señorías y potentados: que son todos gozques con su Majestad Católica; pero guárdese el que se atreviere a besarle la cola: que ha de llevar manotada que escarmiente de suerte a los demás, que no hallen dónde meterse, huyendo de él.
Los extranjeros se comenzaron a escarapelar, y el francés le dijo:
— ¡Ah, bugre, coquín español!
Y el italiano:
— ¡Forfante, marrano español!
Y el inglés:

— ¡Nitesgut español![4].
Y el tudesco estaba de suerte que lo dio por recibido, dan do permisión que hablasen los demás por él en aquellas cortes.
Don Cleofás, que los vio palotear y echar espadañas de vino y herejías contra lo que había dicho su camarada, acostumbrado a sufrir poco, y al refrán de <(quien da luego, da dos veces», levantando el banco en que estaban sentados los dos, dio tras ellos, adelantándose el compañero con las muletas en la mano, manejándolas tan bien, que dio con el francés en el tejado de otra venta que estaba tres leguas de allí; y en una necesaria de Ciudad Real con el italiano, porque muriese hacia donde pecan; y con el inglés, de cabeza en una caldera de agua hirviendo que tenían para pelar un puerco en casa de un labrador de Adarnuz; y al tudesco, que se había anticipado a caer de bruces a los pies de Cleofás, le volvió al puerto de Santa María, de donde había salido quince días antes, a dormir la zorra. El ventero se quiso poner en medio, y dio con él en Peralvillo, entre aquellas cecinas de Gestas[5], como en su centro.
Volviéronse, con esto, a sentar a comer de los despojos que había dejado el enemigo, muy despacio, y estando en los postreros lances de la comida, entraron

algunos mozos de mulas en la venta, llamando al huésped, y pidiendo vino, y tras ellos, en el mismo carruaje, una compañía de representantes que pasaban de Córdoba a la Corte, con ganas de tomar un refresco en la venta. Venían las damas en jamugas, con bohemios, sombreros con plumas y mascarillas en los rostros; los chapines, con plata, colgando de los respaldares de los sillones; y ellos, unos con portamanteos sin cojines, otros sin cojines ni porta manteos, las capas dobladas debajo, las valonas en los sombreros, con alforjas detrás; y los músicos, con las guitarras en cajas delante de los arzones, y algunos de ellos ciclanes de estribos, y otros, eunucos, con los mozos que le sirven a las

4. Bugre, «sodomita» ; coquin «pícaro» ; forfante, «bribón» ; nites gut, «malvado»; todos ellos, insultos m o menos españolizados.
5. Peralvillo, lugar vecino a Ciudad Real donde se ajusticiaba a los delincuentes; cecinas de Gestas, despojos de ladrones.

ancas, unos con espuelas sobre los zapatos y las medias, y otros con botas de rodillera, sin ninguna; otros con varas para hacer andar sus cabalgaduras y las de las mujeres. Los apellidos de los más eran valencianos, y los nombres de las representantas se resolvían en Marianas y Anas Marías, hablando todo recalcado, con el tono de la representación. La conversación con que entraron en la venta era decir que habían robado a Lisboa, asombrado a Córdoba y escandalizado a Sevilla, y que habían de despoblar a Madrid, porque con sola la loa que llevaban para la entrada, de un tundidor de Ecija habían de derribar cuantos autores entrasen en la Corte. Con esto, se fueron arrojando de las cabalgaduras, y los maridos, muy severos, apean do en los brazos a sus mujeres, llamando todos al huésped,

y él de nada se dolía[6].

La autora se asentó en una alfombrilla que la echaron en el suelo; las demás princesas, alrededor, y el autor andaba solicitando el regalo de todos, como pastor de aquel ganado. Y dijo el Cojuelo:
—Con el señor autor estoy en pecado mortal de parte de mis camaradas.
—¿Por qué? —dijo don Cleofás.
Respondió el Diablillo:
—Porque es el peor representante del mundo, y hace siempre los demonios en los autos del Corpus, y está perdigado[7] para demonio de veras, y para que haga en el infierno los auto res si se representaren comedias; que algunas hacen estas farandulas, que aun para el infierno son malas.
—Uno he visto aquí —dijo don Cleofás —, entre los de más compañeros, que le he deseado cruzar la cara, porque me galanteó en Alcalá una doncella, moza mía, que se enamoró de él viéndole hacer un rey de Dinamarca.
—Doncella — dijo el Cojuelo — debía de ser de allá;

6. Verso del conocido romance de Nerón. «Mira Nero de Tarpeía / a Roma cómo se ardía...).
7. «Dispuesto, aparejado».

pero si quieres — prosiguió — que tomemos las dos venganza del autor y del representante, espera y verás cómo lo trazo; porque ahora quieren repartir una

comedia con que han de secundar en Madrid, y sobre los papeles has de ver lo que pasa.
Al mismo tiempo que decía esto el Cojuelo, el apuntador de la compañía sacó de un alforja los de una comedia de Claramonte, que había acabado de copiar en Adamuz el tiempo que estuvieron allí, diciendo al autor:
—Aquí será razón que se repartan estos papeles, entretanto que se adereza la comida y parece el huésped.
El autor vino en ello, porque se dejaba gobernar de tal apuntador, como de hombre que tenía grandísima curia en la comedia, y había sido estudiante en Salamanca, y le llamaban «el Filósofo» por mal nombre; y llegando con el papel de la segunda dama a Ana María, mujer del que cantaba los bajetes y bailaba los días de Corpus, habiéndole dado la primera dama a Mariana, la mujer del que cobraba y que hacía su parte también en las comedias de tramoya, arrojándole, dijo que ella había entrado para partir entre las dos los primeros papeles, y que siempre le daban los segundos, y que ella podía enseñar a representar a cuantas andaban en la comedia, porque había representado al lado de las mayores representantas del mundo, y en la legua la llamaban Amarilis, segunda de este nombre. Esotra le dijo que no sabría mirar lo que ella, con su zapato, representaba, respondiéndole esotra que de cuándo acá tenía tanta soberbia, sabiendo que en Sevilla le prestó hasta las enaguas para hacer el papel de Dido en la gran comedia de don Guillén de Castro, echando a perder la comedia y haciendo que silbasen la compañía.
—Tú eres la silbada — dijo esotra —, y tu ánima.
Llegando a las manos y diciéndose palabras mayores, y tan grandes, que alcanzaron a los maridos; y sacando unos con otros las espadas, comenzó una batalla de comedia, metiéndolos en paz los mozos de mulas con los frenos que acababan de quitar. Y dejándolos empelotados, se salieron don Cleofás y el Cojuelo de la venta al camino de Andalucía, quedándose abrasando a cuchilladas la compañía, que fuera un Ronces valles del molino de papel si el ventero no llegara con la Hermandad en busca de los dos que se fueron, para prenderlos, con escopetas, chuzos y ballestas; y hallando esta nueva matanza en su venta, y jarros, tinajas y platos hechos tantos en la refriega, los apaciguaron, y prendieron a los dichos representantes para llevarlos a Ciudad Real, habiendo de tener otra pelaza más pesada con el alguacil que los traía a Madrid por orden de los arrendadores, con comisión del Consejo.

TRANCO SEXTO

En este tiempo, nuestros caminantes, tragando leguas de aire, como si fueran camaleones de alquiler, habían pasado a Adamuz, del gran Marqués del Carpio, Haro y nobilísimo descendiente de los señores antiguos de Vizcaya, y padre ilustrísimo del mayor Mecenas que los antiguos ingenios y modernos han tenido, y caballero que igualó con sus generosas partes su modestia. Y habiéndose sorbido los siete vados y las ventas de Alcolea, se pusieron a vista de Córdoba por su

fertilísima campiña y por sus celebradas dehesas gamonosas, don de nacen y pacen tantos brutos, hijos del Céfiro más que los que fingió la antigüedad en el Tajo portugués. Y entrando por el Campo de la Verdad (pocas veces pisado de gente de esta calaña) a la Colonia y populosa patria de dos Sénecas y un Lucano, y del padre de la Poesía española, el celebrado Góngora, a tiempo que se celebraban fiestas de toros aquel día, y juego de cañas, acto positivo que más excelentemente ejecutan los caballeros de aquella ciudad, y tomando posada en el mesón de las Rejas, que estaba lleno de forasteros que habían concurrido a esta celebridad, se apercibieron para ir a verlas, limpiándose el polvo de las nubes; y llegando a la corredera, que es la plaza donde siempre se hacen estas festividades, se pusieron a ver un juego de esgrima que estaba en medio del concurso de la gente, que en estas ocasiones suele siempre en aquella provincia preceder a las fiestas, a cuya esfera no había llegado la línea recta, ni el ángulo obtuso ni oblicuo[1]: que todavía se platicaba el uñas arriba y el uñas

1. Se refiere a las nuevas técnicas de esgrima descritas en las obras de Jerónimo de Carranza y de Luis Pacheco de Narváez, del que tanto se burló Quevedo.

abajo de la destreza primitiva que nuestros primeros padres usaron; y acordándose don Cleofás de lo que dice el ingeniosísimo Quevedo en su Buscón, pensó parecer de risa, bien que se debe al insigne don Luis Pacheco de Narváez haber sacado de la obscura tiniebla de la vulgaridad a la luz de la verdad de este arte, y del caos de tantas opiniones las demostraciones matemáticas de esta verdad.

Había dejado en esta ocasión la espada negra un mozo de Montilla, bravo aporreador, quedando en el puesto otro de los Pedroches, no menos bizarro campeón, y arrojándose, entre otros que la fueron a tomar muy apriesa, don Cleofás, la levantó primero que todos, admirando la resolución del forastero, que en el ademán les pareció castellano, y dando a su camarada la capa y la espada, como es costumbre, puso bizarramente las plantas en la palestra. En esto, el Maestro, con el montante, barriendo los pies a los mirones, abrió la rueda, dando aplausos a la pendencia vellorí, pues se hacía con espadas mulatas; y partiendo el andaluz y el estudiante castellano uno para el otro airosamente, corrieron una ida y venida sin tocarse al pelo de la ropa; y a la segunda, don Cleofás, que tenía algunas revelaciones de Carranza, por el cuarto círculo le dio al andaluz con la zapatilla[2] un golpe de pechos, y él, metiendo el brazal, un tajo a don Cleofás en la cabeza, sobre la guarnición de la espada; y convirtiendo don Cleofás el re paro en revés, con un movimiento accidental dio tan grande tamborilada al contrario, que sonó como si la hubiera dado en la tumba de los Castillas. Alborotáronse algunos amigos y conocidos que había en el corro, y sobre el montante del señor Maestro le entraron tirando algunas estocadillas veniales al tal don Cleofás, que con la zapatilla, como con agua bendita, se las quitó, y apelando a su espada y capa, y el Cojuelo a sus muletas, hicieron tanta riza en el montón agavillado, que fue menester echarles un toro para ponerlos en paz: tan valiente montante de Sierra Morena, que a dos o tres mandobles puso la plaza más despejada que pudieran la guarda tudesca y

2. Punta de cuero que se ponía a las espadas para los ejercicios de esgrima.

española, a costa de algunas bragas que hicieron por detrás cíclopes a sus dueños, encaramándose a un tablado don Cleofás y su camarada, muy falsos, a ver la fiesta, haciéndose aire con los sombreros, como si tal no hubiera pasado por ello. Y acechándolos unos alguaciles (porque en estas ocasiones siempre quiebra la soga por lo más forastero), habiendo desjarretado el toro, llegaron desde la plaza a caballo, diciéndoles:

—Señor Licenciado y señor Cojo, bajen acá, que los llama el señor Corregidor.

Y haciendo don Cleofás, y su compañero orejas de mercader, comenzaron los ministros o vaqueros de la justicia a quererlo intentar con las varas, y agarrándose cada uno de la suya, a vara por barba, dijeron a los tales ministros, quitándoselas de las manos de cuajo:

—Sígan (n) os vuesas mercedes, si se atreven a alcanzarnos.

Y levantándose por el aire, parecieron cohetes voladores; y los dichos alguaciles, capados de varas, pedían a los gorriones « ¡Favor a la justicia! », quedándose suspensos y atribuyendo la agilidad de los nuevos volatines a sueño; haciendo tan alta punta los dos halcones, salvando a Guadalcázar, del ilustre Marqués de este título, del claro apellido de los Córdobas, que dieron sobre el rollo[3] de Écija diciéndole el Cojuelo a don

Cleofás:

—Mira qué gentil árbol berroqueño, que suele llevar hombres, como otros fruta.

—¿Qué columna tan grande es ésta? — le preguntó don Cleofás.

—El celebrado rollo del mundo — le respondió el Cojuelo.

—Luego, ¿esta ciudad Éscija? —le repitió don Cleofás.

—Ésta es Écija, la más fértil población de Andalucía —dijo el Diablillo—, que tiene aquel sol por armas a la entrada de esa hermosa puente, cuyos ojos rasgados lloran al Genil, caudaloso río que tiene su solar en Sierra Nevada, y después haciendo con el Darro maridaje de cristal, viene a calzar de plata estos hermosos edificios y tanto pueblo de abril

3. «Horca».

y mayo. De aquí fue Garci Sánchez de Badajoz, aquel insigne poeta castellano; y en esta ciudad solamente se coge el algodón, semilla que en toda España no nace, además de otros veinte y cuatro frutos, sin sembrarlos, de que se vale para vender la gente necesitada; su comarca también es fertilísima. Montilla cae aquí a mano izquierda, habitación de los heroicos marqueses de Priego, Córdobas y Aguilares, de cuya gran casa salió, para honra de España, el que mereció llamarse Gran Capitán por antonomasia, y hoy a su Marqués ilustrísimo se le ha acrecentado la casa de Feria, por morir sin hijos aquel gran portento de Italia, que malogró la Fortuna de envidia; cuyo gran sucesor, siendo mudo, ocupa a grandezas en silencio elocuente las lenguas de la Fama. Más abajo está Lucena, del Alcaide de los Donceles, Duque de Cardona, en cuyo océano de blasones se anegó la gran casa de Lerma. Luego, Cabra, celebrada por su sima, tan profunda como la antigüedad de sus dueños, pregona con las lenguas de sus almenas, que es

del ínclito Duque de Sesa y Soma, y que la vive hoy su entendido y bizarro heredero. Luego Osuna se ofrece a la demarcación de estos ilustres edificios, blasonando con tantos maestres Girones la altivez de sus duques; y veinte y dos leguas de aquí cae la hermosísima Granada, paraíso de Mahoma, que no en vano la defendieron tanto sus valientes africanos españoles, de cuya Alhambra y Alcazaba es alcaide el nobilísimo Marqués de Mondéjar, padre del generoso conde de Tendílla, Mendozas del Ave María y credo de los caballeros. No nos olvidemos, de camino, de Guadix, ciudad antigua y celebrada por sus melones, y mucho más por el divino ingenio del doctor Mira de Mescua, hijo suyo y arcediano. Cuando iba el Cojuelo refiriendo esto, llegaron a la Plaza Mayor de Écija, que es la más insigne de Andalucía, y junto a una fuente que tiene en medio del jaspe, con cuatro ninfas gigantas de alabastro derramando lanzas de cristal, estaban unos ciegos sobre un banco, de pies, y mucha gente de capa parda de auditorio, cantando la relación muy verdadera que trataba de cómo una maldita dueña se había hecho preñada del diablo, y que por permisión de Dios había parido una manada de lechones, con un romance de don Álvaro de Luna y una letrilla contra los demonios, que decía:

Lucifer tiene muermo,
Satanás, sarna,
y el Diablo Cojuelo
tiene almorranas.
Almorranas y muermo,
sarna y ladillas,
su mujer se las quita
con tenacillas.

El Cojuelo le dijo a don Cleofás:
— ¿Qué te parece los testimonios que nos levantan estos ciegos y las sátiras que nos hacen? Ninguna raza de gente se nos atreve a nosotros si no son éstos, que tienen más ánimo que los mayores ingenios; pero esta vez me lo han de pagar, castigándose ellos mismos por sus propias manos, y daré, de camino, venganza a las dueñas, porque no hay en el mundo quien no las quiera mal, y nosotros las tenemos grandes obligaciones, porque nos ayudan a nuestros embustes: que son demonias hembras.
Y sobre la entonación de las coplas metió el Cojuelo tanta cizaña entre los ciegos, que, arrempujándose primero, y cayendo de ellos en el pilón de la fuente, y esotros en el suelo, volviéndose a juntar, se mataron a palos, dando barato, de camino, a los oyentes, que les respondieron con algunos puñetes y coces. Y como llegaron a Écija con las varas de los alguaciles de Córdoba, pensando que traían alguna gran comisión de la Corte, llegó la justicia de la ciudad a hacerles fiestas y a lisonjearlos con ofrecerles sus posadas, y ellos, valiéndose de la ocasión, admitieron las ofertas, con que fueron regalados como cuerpos de rey; y preguntándoles qué era el negocio que traían para Écija, el Cojuelo les respondió

que era contra los médicos y boticarios, y visita general de beatas; y que a los médicos se les venía a vedar que después de matar un enfermo, no les valiese la mula por sagrado; y que, cuando no e saliese con esto, por lo menos, a los boticarios que errasen las purgas, que no pudiesen ser castigados si se retrujesen en los cementerios de las mulas de los médicos, que son las ancas; y que a las beatas se les venía a quitar el tomar tabaco, beber chocolate y comer jigote.

Parecióle al alguacil mayor (que no era lerdo, y tenía su punta de hacer jácaras y entremeses) que hacían burla de ellos, y quiso agarrarlos para dar con ellos en la trena[4] y después sacudirles el polvo y batanarles el cordobán, por embelecadores, embusteros y alguaciles chanflones; y levantando el Cojuelo una polvareda de piedra azufre y asiendo a don Cleofás por la mano, se desaparecieron, entre la cólera y resolución de los ministros ecijanos, dejándolos tosiendo y estornudando, dándose de cabezadas unos a otros sin entenderse, haciendo los neblíes de la más obscura Noruega[5] puntas a diferentes partes. Y dejando a la derecha a Palma, donde se junta Genil con Guadalquivir por el vicario de las aguas, villa antigua de los Bocanegras y Portocarreros, y de quien fue dueño aquel gran cortesano y valiente caballero don Luis Portocarrero, cuyo corazón excedió muchas varas a su estatura, y luego a la Monclova, bosque deliciosísimo y monte de Clovio, valeroso capitán romano, y posesión hoy de otro Portocarrero y Enríquez, no menos gran caballero que el pasado, y a la hermosa villa de Fuentes, de quien fue marqués el bizarro y no vencido don Juan Claros de Guzmán el Bueno, que, después de muchos servicios a su rey, murió en Flandes con lástima de todos y envidia de más, hijo de la gran casa de Medina-Sidonia, donde todos sus Guzmanes Son Buenos por apellido, por sangre y por sus personas esclarecidas, sin tocar al pelo de la ropa a Marchena, habitación noble de los duques de Arcos, marqueses que fueron de Cádiz, de quien hoy es meritísimo señor el excelentísimo duque don Rodrigo Ponce de León, en quien se cifran todas las proezas y grandezas heroicas de sus antepasa dos, columbrando desde más lejos a Villanueva del Río, de los marqueses de Villanueva, Enríquez y Riberas, y hoy de

4. «Cárcel».

5. Los neblíes mejores eran de Noruega, donde luce poco tiempo el sol; pero el Diablillo era neblí de un lugar más oscuro: el infierno.

don Antonio Alvarez de Toledo y Beamonte, marqués suyo y duque de Huesca, heredero ilustre del gran Duque de Alba Condestable de Navarra, llegaron de un vuelo los dos pájaros les de camarada, no siendo ésta la mayor pareja que habían corrido, al pie .de la cuesta de Carmona, en su dilatada, fértil y celebrada vega, donde les anocheció, diciéndole don Cleofás amigo:

—Camarada, descansemos un poco, que es mucho pajarear éste, y nos metemos a lechuzas silvestres: que la serenidad de la noche y el verano brindan a pasarla en el campo.

—Soy de ese parecer —dijo el Cojuelo—: tendamos la raspa en este pradillo junto a este arroyo, espejo donde se están tocando las estrellas, porque aguardan a la madrugada visita del sol, Gran Turco de todas esas señoras.
Y don Cleofás, poniendo el ferreruelo[6] por cabecera y la espada sobre el estómago, acomodó el individuo; y estando boca arriba, paseando con los ojos la bóveda celestial, cuya fábrica portentosa al más ciego gentil obliga a rastrear que la mano de su artífice es de Dios, y de gran Dios, le dijo al camarada:
—¿No me dirás, pues has vivido en aquellos barrios, si esas estrellas son tan grandes como esos astrólogos dicen cuan do hablan de su magnitud, y en qué cielo están, y cuántos cielos hay, para que no nos den papillas cada día con tantas y tan diversas opiniones, haciéndonos bobos a los demás con líneas y coluros imaginados, y si es verdad que los planetas tienen epiciclos, y el movimiento de cada cielo, desde el primer móvil al remiso y al trepidante, y dónde están los signos de estos luceros escribanos, porque yo desengañe al inundo y no nos vendan imaginaciones por verdades?
El Cojuelo le respondió:
—Don Cleofás, nuestra caída fue tan aprisa, que no nos dejó reparar en nada; y a fe que si Lucifer no se hubiera traído tras de sí la tercera parte de las estrellas (corno repiten tan tas veces en los autos del Corpus), aún hubiera más en que
6. Capa corta, sin capotillo.

haceros más garatusas la Astrología. Esto todo sea con perdón del antojo[7] del Galileo y el del gran don Juan de Espina, cuya célebre casa y peregrina silla son ideas de su raro ingenio; que yo hablo de antojos abajo, como de tejas, y salvo la óptica de estos señores antojadizos que han descubierto al sol un lunar en el lado izquierdo, y en la luna han linceado montes y valles, y han visto a Venus *cornuta*. Lo que yo sé decir, que el poco tiempo que estuve por allá arriba nunca oí nombrar la Bocina, el Carro, la *Espica Virginis*, la Ursa major ni la *Ursa minor* [8], las Pléyades ni las Helíades, nombres que los de la Astrología les han dado, y esa que llamaron *Vía Láctea*, y ahora los vulgares Camino de Santiago, por donde anda tanto el cojo como el sano; que si esto fuera así, yo también, por lo cojo, había de andar por aquel camino, siendo hijo de vecino de aquella provincia.
Ya en estas razones últimas se había agradecido al sueño el tan don Cleofás, dejando al compañero de posta, como grulla de la otra vida, cuando un gran estruendo de clarines y cabalgaduras le despertó sobresaltado, recelando que se le llevaba a otra parte más desacomodada el que le había agasajado hasta entonces; pero el Diablillo le sosegó, diciendo:
—No te alborotes, don Cleofás.; que, estando conmigo, no tienes que temer nada.
—Pues ¿qué ruido tan grande es éste? — le replicó el estudiante.
—Yo te lo diré —dijo el Cojuelo—, si acabas de despertar y me escuchas con atención.
7. «Anteojo».
8. Diversas constelaciones: la Espiga de Virgo, la Osa Mayor, la Osa Menor.

TRANCO SEPTIMO

El estudiante se incorporó entonces, supliendo con bostezos y esperezos lo que le faltaba por dormir, y prosiguió el Diablillo, diciendo:

—Todo este estruendo trae consigo la casa de la Fortuna, (lije pasa al Asia Mayor a asistir a una batalla campal entre el Mogor y el Sofí, para dar la victoria a quien menos la mereciere. Escucha y mira, que esta que pasa es su recámara, y en lugar de acémilas van mercaderes y hombres de negocios que llaman, cargados de cajas de moneda de oro y plata con repos teros bordados encima con las armas de la Fortuna, que son los cuatro vientos, y un arpón en una torre, moviéndose a todos cuatro, sogas y garrotes del mismo metal que llevan, y, con ir con tanto peso, van descansados, a su parecer. Esta tropa inumerable que pasa ahora mal concertada es de oficiales de boca: cocineros, mozos de cocina, botilleros, reposteros, despenseros, panaderos, veedores, y la demás canalla que toca a la bucólica. Estos que vienen ahora a pie, con fieltros blancos terciados por los hombros, son lacayos de la Fortuna, que son los mayores ingenios que ha tenido el mundo, entre los cuales va Homero, Píndaro, Anacreonte, Virgilio, Ovidio, Horacio, Silio Itálico, Lucano, Claudiano, Estacio Papinio, Juvenal, Marcial, Catulo, Propercio, el Petrarca, Sannazaro, el Taso, el Bem bo, el Dante, el Guarino, el Ariosto, el caballero Marino, Juan de Mena, Castillejo, Gregorio Hernández, Garci Sánchez, Camoens y otros muchos que han sido en diferentes provincias príncipes de la Poesía.

—Por cierto que han medrado poco — dijo el estudiante —, pues no han pasado de lacayos de la Fortuna.

—No hay en su casa —dijo el Cojuelo— quien tenga lo que merece.

— ¿Qué escuadrón es éste tan lucido, con joyas de diamantes y cadenas y vestidos lloviendo oro y perlas — prosiguió estudiante —, que llevan tantos pajes en cuerpo que los alumbran con tantas hachas blancas, y van sobre filósofos antiguos que les sirven de caballos, de tal malos talles, que los más son corcovados, cojos, mancos, calvos, narigones, tuertos, zurdos balbucientes?

—Éstos son — dijo el Cojuelo — potentados, príncipes grandes señores del mundo, que van acompañando a la Fortuna, de quien han recibido los estados y las riquezas que ti neo, y, con ser tan poderosos y ricos, son los más necios y miserables de la tierra.

—Buen gusto ha tenido la Fortuna, por cierto! — dijo don Cleofás —. ¡Bien se le parece que tiene nombre de mujer: que escoge lo peor!

—Primero lo debieron a la naturaleza — respondió el Cojuelo; y prosiguió diciendo—: Aquel gigante que viene sobre un dromedario, con un ojo, y ése ciego, solamente, era la mitad de la frente, con un árbol en las manos de sume magnitud, lleno de bastones, mitras, laureles, hábitos, capelos. coronas y tiaras, es Polifemo, que después que le cegó Ulises, le ha dado la Fortuna a cargo aquella escarpia de dignidades para que las reparta a ciegas, y va siempre junto al carro triunfal de la Fortuna, que es aquel que le tiran cincuenta emperadores griegos y romanos, y ella viene cercada de faroles de cristal, con cirios pascuales

encendidos dentro de ellos, sobre una rueda llena de arcaduces de plata, que siempre está llenándolos y vaciándolos de viento, y esotro pie, en el elemento mismo, que está lleno de camaleones que le van dando memoriales, y ella rompiéndolos. Ahora vienen siguiéndola sus damas en elefantes, con sillones de oro sembrados de balajes, rubíes y crisólitos. La primera es la Necedad, camarera mayor suya, y aunque fea, muy favorecida. La Mudanza es esotra, que va dando cédulas de casamiento, y no cumpliendo ninguna. Esotra es la Lisonja, vestida a la francesa de torna soles de aguas, y lleva en la cabeza un iris de colores por tocado, y en cada mano cien lenguas. Aquella que la sucede, vestida de negro, sin oro ni joya, de linda cara y talle, que viene llorosa, es la Hermosura: una dama muy noble y muy olvidada de los favores de su ama. La Envidia la sigue y la persigue, con un vestido pajizo, bordado de basiliscos y corazones.

—Siempre esa dama — dijo don Cleofás — come grosura: que es halcón de las alcándaras de palacio.

—Esotra que viene — prosiguió el Cojuelo —, que parece que va preñada, es la Ambición, que está hidrópica de deseos y de imaginaciones. Esotra es la Avaricia, que está opilada de oro, y no quiere tomar el acero[1], porque es más bajo metal. Aquellas que vienen, con tocas largas y antojos, sobre minotauros, son la Usura, la Simonía, la Mohatra, la Chisme, la Baraja, la Soberbia, la Invención, la Hazañería, dueñas de la Fortuna. Los que vienen galanteando a estas señoras todas y alumbrándolas con antorchas de colores diferentes son ladrones, fulleros, astrólogos, espías, hipócritas, monederos falsos, casamenteros, noveleros, corredores, glotones y borrachos. Aquel que viene sobre el asno de oro de Lucio Apuleyo[2] es Creso, mayor domo mayor de la Fortuna, y a su mano izquierda, Astolfo, su caballerizo mayor. Aquellos que van sobre cubas con ruedas y velicómenes[3] en las manos, dando carcajadas de risa, son sus gentiles hombres de la copa, que han sido taberneros de Corte primero. Aquella escuadra de salvajes que vienen en jumentos de albarda son contadores, tesoreros, escribanos de raciones, ad ministradores, historiadores, letrados, correspondientes, agentes de la Fortuna, y llevan manos de almireces por plumas, y por papel, pieles de abadas. Tras de ellos viene una silla de manos, bordada de trofeos, para las visitas de la Fortuna; los silleros son Pitágoras, Diógenes, Aristóteles, Platón, y otros filósofos para remudar, con camisolas y calzones de tela de nácar, herrados los rostros con eses y clavos. Aquellos que vienen ahora de tres en tres, sobre tumbas enlutadas, a la jineta y a la brida,

1. Tomar el acero era un remedio para la opilación.
2. Alusión a la obra *Asno de Oro*, de Apuleyo; Creso, personaje antiguo, famoso por sus riquezas.
3. «Vasos, copas».

son médicos de la cámara y de la familia, boticarios y barberos de la Fortuna. Ahora cierra todo este escuadrón y acompaña miento aquella prodigiosísima torre andante, que es la de Babilonia, llena de gigantes, de enanos, de bailarines y representantes, de instrumentos másicos y marciales, de voces, de alga zaras, que se ven y oyen por infinitas ventanas que tiene el edificio, coronadas de luminarias y flechando girándulas y cohetes voladores; y en un balcón grande de

la fachada va la Esperanza: una jayana vestida de verde, muy larga de estatura, y muchos pretendientes por abajo, a pie, soldados, capitanes, abogados, artífices y profesores de diferentes ciencias, mal vestidos, hambrientos y desesperados, dándola voces, y con la con fusión no se entienden los unos a los otros, ni los otros a los unos. Y por otro balcón del lado derecho va la Prosperidad, coronada de espigas de oro y vestida de brocado de tres altos, bordado de las cuatro estaciones del año, sembrando talegos sobre muchos mentecatos ricos, que van en literas roncando, que no los han menester y piensan que los sueñan. Ahora sigue todo este aparato una infinita tropa de carros largos, llenos de comida y vestidos de mujeres y de hombres, que es la guardarropa de la Fortuna; y con ir tantos como la siguen desnudos y hambrientos, no les da un bocado que coman ni un trapo con que se cubran, y aunque los repartiera con ellos, no les vinieran bien, que están hechos solamente a medida de los dichosos.

Seguía este carruaje un escuadrón volante de locos, a pie y a caballo, y en coches, con diferentes temas, que habían perdido el juicio de varios sucesos de la Fortuna por mar y por tierra, unos riéndose, otros llorando, otros cantando, otros callando, y todos renegando de ella; y no tomaba de otros parecer (diligencia para no acertar nada), desapareciendo toda esta máquina confusa una polvareda espantosa, en cuyo temeroso piélago se anegó toda esta confusión, llegando el día, que fue mucho que no se perdiera el sol con la grande polvareda, como don Beltráne de los planetas[4], subiéndose los dos camaradas la cuesta

4. Los versos «Con la mucha polvareda, / perdimos a don Beltrane...», del romance de la muerte de este caballero en Roncesvalles, se hicieron popularísimos.

arriba a la recién bautizada ciudad de Carmona[5] atalaya de Andalucía, de cielo tan sereno, que nunca le tuvo, y adonde no han conocido al catarro si no es para servirle; y tomando refresco de unos conejos y unos pollos en un mesón que se llama de los Caballeros, pasaron a Sevilla, cuya giralda y torre tan celebrada se descubre desde la venta de Perorningo el Alto, tan hija de vecino de los aires, que parece que se desca labra en las estrellas.

Admiró a don Cleofás el sitio de su dilatada población, y de la que hacen tantos diversos bajeles en el Guadalquivir, valla de cristal de Sevilla y de Triana, distinguiéndose de más cerca la hermosura de sus edificios, que parece que han muerto vírgenes y mártires, porque todos están con palmas en las manos, que son las que se descuellan de sus peregrinos pensiles, entre tantos cidros, naranjos, limones, laureles y cipreses; llegando en breve espacio a Torreblanca, una legua larga de esta insigne ciudad, desde donde comienza su Calzada y los caños de Carmona, hermosísima puente de arcos, por donde entra el río Guadaira en Sevilla, cuya hidrópica sed se le bebe todo, sin dejar apenas una gota para tributar al mar, que es solamente el río en todo el mundo que está privilegiado de este pecho; haciendo mayor la belleza de esta entrada infinitas granjas, por una parte y por otra, que en cada una se cifra un jardín terrenal, granizando azahares, mosquetas y jazmines reales. Y al mismo tiempo que ellos iban llegando a la puerta de Carmona, atisbó el Cojuelo entrar por ella a caballo, con vara alta y

los dos corchetes que sacó del infierno, a Cienllamas; y volviéndose a don Cleofás, le dijo:
—Aquel que entra por la puerta de Carmona es comisario de mis amos, que viene contra mí a Sevilla: menester es guardarnos.
—No se me da dos blancas — dijo don Cleofás —; que yo estoy matriculado en Alcalá, y no tiene ningún tribunal jurisdicción en mi persona; y fuera de eso, dicen que es Sevilla lugar

5. Recién bautizada, porque Felipe 1V acababa de concederle el título de ciudad (1630).

tan confuso, que no nos hallarán, si queremos, todos cuan tos hurones tiene Lucifer y Belcebú.
Entrándose en la ciudad los dos a buen paso y guiando el Cojuelo, la barba sobre el hombro, fueron hilvanando calles, y, llegando a una plazuela, reparó don Cleofás en un edilicio suntuoso de unas casas que tenían una portada ostentosa de alabastro y unos corredores dilatados de la misma piedra. Preguntóle don Cleofás al Cojuelo qué templo era aquél, y él le respondió que no era templo, aunque tenía tantas cruces de Jerusalén del mismo relieve de mármol, sino las casas de los duques de Alcalá, marqueses de Tarifa, conde de los Molares y adelantados mayores de Andalucía, cuya grandeza ha heredado hoy el gran Duque de Medinaceli, por falta de hijos he rederos, que aunque fuera mayor, no le hiciera más: que por Fox y Cerda es lo más que puede ser.
—Ya conozco ese príncipe —dijo don Cleofás—, y le he visto en la Corre, y es tan generoso y entendido como gran señor.
Con esta plática llegaron a la Cabeza del Rey don Pedro, cuya calle se llama el Candilejo, y atravesando por cal de Abades, la Borceguinería y el Atambor, llegaron a las calles del Agua, donde tomaron posada, que son las más recatadas de Sevilla.
En este tiempo, a nuestro astrólogo o mágico se lo había llevado de una apoplejía el demoñuelo zurdo que sustituía al Cojuelo, y bajó a pedir justicia a Lucifer en el hueso del alma, sin las mondaduras del cuerpo, del quebrantamiento de su re dorna. Y doña Tomasa, no olvidando los desaires de don Cleofás, trataba con otra requisitoria de venir a Sevilla, con un galán nuevo que tenía, soldado de los galeones, para tomar venganza casándose con el licenciado Vireno de Madrid la Olimpia[6] de mala mano, sabiendo que se había escapado allá. Don Cleofás y su camarada no salían de su posada, por desmentir las espías de Cienllamas y de Chispa y Redina, y subiéndose a un terrado una tarde, de los que tienen todas las casas de Sevilla,

6. La historia de los amores de Olimpia y Vireno pertenece a los cantos IX y X del Orlando furioso, de L. ARIOSTO.

a tomar el fresco y a ver desde lo alto más particular mente los edificios de aquella populosa ciudad, estómago de España y del mundo, que reparte a todas las provincias de él la sustancia de lo que traga a las Indias en plata y oro (que es avestruz de la Europa, pues digiere más generosos metales), espantándose don Cleofás de aquel numeroso ejército de edificios, tan epilogado, que si se derramara, no cupiera en toda la Andalucía, le dijo a su compañero:

—Enséñame desde aquí algunos particulares, si se descubren a la vista.
El Cojuelo le dijo:
—Ya por aquella torre que descubrimos desde tan lejos discurrirás que esa bellísima fábrica que está arrimada a ella es la Iglesia Mayor y mayor templo de cuantos fabricó la antigüedad ni el siglo de ahora reconoce. No quiero decirte por menudo sus grandezas; basta ah afirmarte que su cirio pascual pesa ochenta y cuatro arrobas de cera, y el candelero de ti nieblas, de grandeza notable, es de bronce, y de tanta ostentación y artificio, que si fuera de oro no hubiera costado tanto. Su custodia es otra torre de plata, de la misma fábrica y modelo; su trascoro no perdonó piedra exquisita y preciosa a los minerales; su monumento es un templo portátil de Salomón. Pero salgámonos de ella: que aun con las relaciones ni los pensamientos no podemos los demonios pasearla, y vuelve los ojos a aquel edificio que se llama la Lonja, cortada del pernil de San Lorenzo el Real, diseño de don Felipe II, y a mano derecha de ella está el Alcázar, posada real y antigua de los reyes de Castilla, fértil albergue de la primavera, de quien es ilustrísimo Alcalde el Conde Duque de Sanlúcar la Mayor, gran Atiante del Hércules de España, cuya prudentísima cabeza es el reloj del gobierno de su monarquía; que a no estar labrado el Buen Retiro, fábrica de inimitable ejemplar por el edificio, los jardines y estanques, tuviera este palacio sevillano la primacía de todas las casas reales del mundo, poniendo en primer lugar el real salón que la majestad del rey don Felipe IV el Grande ha copiado de su divina idea, donde todas las admiraciones vienen cortas, y las mayores grandezas enjaguadas. Más adelante está la Casa de la Contratación, que tantas veces se ve enladrillada de barras de oro y de plata. Luego está la casa del bizarro Conde de Cantillana, gran cortesano, galán y palaciego, airoso caballero de la plaza, crédito de sus aplausos y alegría de sus reyes; que esto confiesan los toros de Tarifa y Jarama cuando cumplen con sus rejones, como con la parroquia. Luego está, junto a la puerta de Jerez, la gran Casa de la Moneda, donde siempre hay montones de oro y de plata, como de trigo, y junto a ella, el Aduana, tarasca de todas las mercaderías del mundo, con dos bocas, una a la ciudad y otra al río, donde está la Torre del Oro y el muelle, chupadera de cuanto traen amontonado los galeones en los tuétanos de sus camarotes. A mano derecha está la puente de Triana, de madera, sobre trece barcos. Y más abajo, en el margen del celebrado río, las Cuevas, monasterio insigne de la Cartuja de San Bruno, que, con profesar el silencio mudo, vive a la lengua del agua. A estotra parte, sobre la orilla de Guadalquivir, está Gelves, donde todos los romances antiguos de moros iban a jugar cañas, y hoy de sus ilustres condes y del gran Duque de Veragua, hijo y retrato de tan gran padre,

que es, para no tener a mundos miedo,
Portugal y Colón, Castro y Toledo.

—Soltáronsete — dijo don Cleofás — los consonantes, camarada.
—Cuidado fue, y no descuido — respondió el Cojuelo porque me daba más que prosa el dueño de estas alabanzas.

Y prosiguió diciendo:
—Allí es el Alamillo, donde se pescan los sábalos, albures y sollos, y más abajo cae el Algaba, de los esclarecidos marqueses de este título, de Ardales, y condes de Teba, Guzmanes en todo. De esotra parte cae el Castellar, de los Ramírez y Saa yedras, y a la vuelta, Villarnanrique, de los Zúñigas, de la gran casa de Béjar, cuyo último malogrado marqués fue Guzmán dos veces Bueno, sobrino del gran Patriarca de las Indias, capellán y limosnero mayor del Rey, cuya generosa piedad se taracea con su oficio y con su sangre, y hermano del gran Duque de Sidonia, cuyo solio es Sanlúcar de Barrameda, corte suya, que está ese río abajo, siendo Narciso del Océano y Generalísimo de Andalucía y de las costas del mar de España, a cuyo bastón y siempre planta vencedora obedece el agua y la tierra, asegurando a su Rey toda su monarquía en aquel promontorio donde asiste, para blasón del mundo. Y pues ya llega la noche, y de estas alabanzas no puedo salir menos que callando para encarecerlas, dejemos para mañana lo demás; — bajándose del terrado a tratar que se aderezase la cena, y a salir un poco por la ciudad a su insigne Alameda, que hizo y adornó con las dos columnas de Hércules el Conde de Barajas, asistente de Sevilla, y después, de Castilla dignísimo presidente.

TRANCO OCTAVO

Ya, para ejecutar su designio, había tomado doña Tomasa (que siempre tomaba, por cumplir con su nombre y su condición) una litera para Sevilla, y una acémila en que llevar algunos baúles para su ropa blanca y algunas galas, con las del dicho galán soldado, que, metiéndose los dos en la dicha litera, partieron de Madrid, como unos hermanos[1], con la requisitoria que hemos referido. Y a nuestro astrólogo no le habían dado sepultura, sobre las barajas de un testamento que había hecho unos días antes y descubrieron en un escritorio unos deudos suyos, y estaba la justicia poniendo en razón esta litispendencia. Y el Cojuelo y don Cleofás, que habían dormido hasta las dos de la tarde, por haber andado rondando la noche antes la mayor parte de ella, por Sevilla, después de haber comido algunos pescados regalados de aquella ciudad y del pan que llaman de Gallegos, que es el mejor del mundo, y habiendo dormido la siesta (bien que el compañero siempre velaba, haciendo diligencias para lisonjear a su dueño en razón de su delito), se subieron al dicho terrado, como la tarde antes, y enseñándole algunos particulares edificios a su compañero, de los que habían quedado sin referir la tarde antes en aquel golfo de pueblos, suspiró dos veces don Cleofás, y preguntóle el Cojuelo:
—¿De qué te has acordado, amigo? (Qué memorias te han dividido esas dos exhalaciones de fuego desde el corazón a la boca?
—Camarada — le respondió el estudiante —, acordéme de

1. Como pertenecientes a la Santa Hermandad, en busca de un malhechor.

la calle Mayor de Madrid y de su insigne paseo a estas horas, hasta dar en el Prado.
—Fácil cosa será verle — dijo el Diablillo — tan al vivo como está pasando ahora: pide un espejo a la huéspeda y tendrás el mejor rato que has tenido en tu vida; que aunque yo, por la posta, en un abrir y cerrar de ojos te pudiera poner en él, porque las que yo conozco comen alas del viento por cebada, no quiero que dejemos a Sevilla hasta ver en qué paran las diligencias de Cienllamas y las de tu dama, que viene caminando acá, y me hallo en este lugar muy bien, porque alcanzan a él las conciencias de Indias.
A este mismo tiempo subía a su terrado Rufina María, que así se llamaba la huéspeda, dama entre nogal y granadillo, por no llamarla mulata, gran piloto de los rumbos más secretos de Sevilla, y alfaneque[2] de volar una bolsa de bretón desde su faldriquera a las garras de tanta doncelliponiente como venían a valerse de ella. Iba en jubón de holanda blanca acuchillado, con unas enaguas blancas de cotonía, zapato de ponleví, con escarpín sin media, como es usanza en esta tierra entre la gente tapetada, que a estas horas se subía a su azotea a tocar de la tarántula con un peine y un espejo que podía ser de armar; y el Cojuelo, viendo la ocasión, se le pidió con mucha cortesía para el dicho efecto, diciendo:
—Bien puede estar aquí la señora huéspeda; que yo sé que tiene inclinación a estas cosas.
— ¡Ay, señor! — respondió la Rufina María—, si son de la nigromancia, me pierdo por ellas; que nací en Triana, y sé echar las habas y andar el cedazo[3] mejor que cuantas hay de mi tamaño, y tengo otros primores mejores, que fiaré de vuesas mercedes si me la hacen, aunque todos los que son entendidos me dicen que son disparates.
—No dicen mal — dijo el Cojuelo —; pero, con todo eso, señora Rufina María, de tan gran talento se pueden fiar los que yo quiero enseñar a mi camarada. Esté atenta.
Y tomando el espejo en la mano, dijo:
2. <<(Halcón>>
3. Prácticas de hechicería.

—Aquí quiero enseñarles a los dos lo que a estas horas pasa en la calle Mayor de Madrid, que esto sólo un demonio lo puede hacer, y yo. Y adviértase que en las alabanzas de los señores que pasaren, que es mesa redonda, que cada uno de por sí hace cabecera, y que no es pleito de acreedores, que tienen unos antelaciones a otros.
— ¡ Ay, señor! — dijo la tal Rufina —, comience vuesa merced, que será mucho de ver; que yo, cuando niña, estuve en la Corte con una dama que se fue tras de un caballero del hábito de Calatrava que vino a hacer aquí unas pruebas, y después me volvieron mis padres a Sevilla, y quedé con grande inclinación a esa calle, y me holgaría de volverla a ver, aunque sea en este espejo.
Apenas acabó de decir esto la huéspeda, cuando comenzaron a pasar coches, carrozas, y literas, y sillas, y caballeros a caballo, y tanta diversidad de

hermosuras y de galas, que parecía que se habían soltado abril y mayo y desatado las estrellas. Y don Cleofás, con tanto ojo, por ver si pasaba doña Tomasa; que todavía la tenía en el corazón, sin haberse templado con tantos desengaños. ¡Oh proclive humanidad nuestra, que con los malos términos se abrasa, y con los agasajos se destempla! Pero la tal doña Tomasa, a aquellas horas, ya había pasado de Illescas en su litera de dos yemas.
La Rufina María estaba sin juicio mirando tantas figuras como en aquel teatro del mundo iban representando papeles diferentes, y dijo al Cojuelo:
—Señor huésped, enséñeme al Rey y a la Reina; que los deseo ver y no quiero perder esta ocasión.
—Hija — le respondió el Cojuelo—, en estos paseos ordinarios no salen Sus Majestades; si quiere ver sus retratos al vivo, presto llegaremos adonde cumpla su deseo.
—Sea en hora buena — dijo la tal Rufina, y prosiguió, diciendo —: ¿Quién es este caballero y gran señor que pasa ahora con tanto lucimiento de lacayos y pajes en ese coche que puede ser carroza del sol?
El Cojuelo le respondió:
—Este es el almirante de Castilla don Juan Alfonso Enríquez de Cabrera, duque de Medina de Rioseco y conde de Módica, terror de Francia en Fuenterrabía.
— ¡Ay, señor! — dijo la Rufina —. ¿Aquél nos echó los franceses de España? Dios le guarde muchos años.
—El y el gran Marqués de los Vélez — respondió el Cojuelo — fueron los Pelayos segundos, sin segundos, de su patria Castilla.
— ¿Quién viene en aquella carroza que parece de la Prima vera? —preguntó la Rufina.
—Allí viene — dijo el Cojuelo — el Conde de Oropesa y Alcaudete, sangre de Toledo, Pimentel, y de la real de Portugal, príncipe de grandes partes; y el que va a su mano derecha es el Conde de Luna, su primo, Quiñones y Pimentel, señor de la casa de Benavides en León, hijo primogénito del Conde de Benavente, que es Luna que también resplandece de día, El Conde de Lemos y Andrade, marqués de Sarria, pertiguero mayor de Santiago, Castro y Enríquez, del gran Duque de Arjona, viene en aquel coche; tan entendido y generoso corno gran señor. Y en esotro, el Conde de Monterrey y Fuentes, presidente de Italia, que ha venido de ser Virrey de Nápoles, dejando de su gobierno tanto aplauso a las dos Sicilias y sucediéndole en esta dignidad el Duque de las Torres, marqués de Liche y de Toral, señor del castillo de Aviados, sumiller de corps de su Majestad, príncipe de Astillano, y duque de Sabioneta, que este título es el más compatible con su grandeza; a quien acompaña, con no menos sangre y divino ingenio, en Italia, el Marqués de Alcañices, Almansa, Enríquez y Borja. Allí viene el Condestable prudentísimo Velasco, gentilhombre de la cámara de su Majestad, con su hermano el Marqués del Fresno. El Duque de Híjar le sigue, Silva, y Mendoza, y Sarmiento, marqués de Alenquer y Ribadeo, gran cortesano y hombre de a caballo grande en entrambas sillas, que por el último título que hemos dicho tiene privilegio de comer con los Reyes la Pascua de este nombre. Va con él el Marqués de los

Balbases, Espínola, cuyo apellido puso su gran padre sobre las estrellas. Allí va el Conde de Altamira, Moscoso y Sandoval, gran señor y caballero en todo, caballerizo mayor de su Majestad de la Reina. Allí pasa el Marqués de Poyar, Aragón, con don Antonio de Aragón su hermano, del Consejo de Órdenes y del supremo de la Inquisición. Los que atraviesan en aquel coche ahora son el Marqués de Jódar y el Conde de Peñaranda, del Consejo Real de Castilla, ambos Simancas de la jurispericia como de la nobleza.

— ¿Quién son aquellos dos mozos que van juntos — preguntó Rufina —, de una misma edad, al parecer, y que llevan llaves doradas?

—El Marqués de la Hinojosa — respondió el Cojuelo —, conde de Aguilar y señor de los Cameros, Ramírez y Arellano, es el uno, y el otro es el Marqués de Aytona, favorecedor de la Música y de la Poesía, que heredó, hasta la posteridad, de su padre, entrambos camaristas.

— ¿Que coche es aquél tan lleno, que va espumando sangre generosísima en tantos bizarros mozos? —preguntó la tal huéspeda.

—Es del Duque del Infantado — dijo el Cojuelo —, cabeza de los Mendozas y Sandoval de varón, marqués de Santillana y del Cenete, conde de Saldaña y del Real de Manzanares, hijo y retrato de tan gran padre. Los que van con él son el Marqués de Almenara, el más bizarro, galán y bien visto de la Corte, hijo del gran Marqués de Orani, el Almirante de Aragón, perfecto caballero, el Marqués de San Román, caballero de veras, heredero del gran Marqués de Velada, rayo de Orán, de Holanda y Gelanda, y su hermano el Marqués de Salinas, que iguala el alma con el cuerpo, copias vivas de tan gran padre, y don Iñigo Hurtado de Mendoza, primo del Duque del Infantado, grandes caballeros todos y señores, que ellos solos pueden alabarse a ellos mismos con decir quién son: que todas lenguas de la Fama no bastan. Va con ellos don Fran cisco de Mendoza, gentilhombre cortesano, favorecido de todos y diestro en entrambas sillas de la espada blanca y negra.

—¿Qué tropa es esta que viene ahora a caballo? —preguntó la Rufina.

—Si pasan a espacio, te lo diré —dijo el Cojuelo—. Estos dos primeros son el Conde de Melgar y el Marqués de Peñafiel, que llevan en sus títulos sus aplausos; don Baltasar de Zúñiga, el Conde de Brandevilla su hermano, hijos del Marqués de Mirabel, y que lo parecen en todo; el Conde de Medellín, Portocarrero de varón, y el Príncipe de Arambergue, primogénito del Duque de Ariscor; el Marqués de la Guardia, que tiene título de ángel; el Marqués de la Liseda, Silva y Manrique de Lara, y don Diego Gómez de Sandoval, comendador mayor de Calatrava, marqués de Villazores, Añover y Humanes, don Baltasar de Guzmán y Mendoza, heredero de la gran casa de Orgaz; Arias Gonzalo, primogénito del Conde de Puñonrostro, imitando las bizarrías de su padre y afianzando las imitaciones de su muy invencible abuelo. Allí vienen el Conde de Molina y don Antonio Mesía de Tovar su hermano, siendo crédito recíprocamente el uno del otro. Y entre ellos, don Francisco Luzón, blasón de este apellido en Madrid, cuyo magnánimo corazón hallará estrecha posada en un gigante. Va con él don José de Castrejón, deudo suyo, gran caballero, y ambos, sobrinos del ilustrísimo Presidente de Castilla. En

este coche que les sigue viene el Duque de Pastrana, cabeza de los Silvas, estudioso príncipe y gran señor, con el Marqués de Palacios, mayordomo del Rey y descendiente único de Men Rodríguez de Sanabria, señor de la Puebla de Sanabria, mayordomo mayor del rey don Pedro; el Conde de Grajal, gran señor, y el Conde de Galve, su hermano del Duque, molde de buenos caballeros, y en quien se hallara, si se perdiera, la cortesía. Los demás que van acompañándole son hombres insignes de diferentes profesiones: que éste es siempre su séquito. Viene hablando en otro coche con el Príncipe de Esquílache su tío y con el Duque de Villahermosa don Carlos, su hermano; éste, del Consejo de Estado de su Majestad, y esotro, príncipe de los ingenios. Va con ellos el duque mozo de Villahermosa, don Fernando, en quien lo entendido y lo bizarro corren parejas, y don Fernando de Borja, comendador mayor de Montesa, de la cámara de su Majestad, con veinte y dos cursos de virrey, que se puede graduar de Catón uticense y censorino. Allí viene el Marqués de Santa Cruz, Neptuno español y mayordomo mayor de la Reina nuestra señora. Aquél es el Conde de Alba de Liste, con el Marqués de Tabara y el Conde de Puñonrostro. Y tras ellos, el Duque de Nochera, Héctor napolitano y gobernador hoy de Aragón. En ese coche que se sigue viene el Conde de Coruña, Mendoza y Hurtado de las Nueve Musas, honra de los consonantes castellanos, en compañía del Conde de la Puebla de Montalbán, Pacheco y Girón. Allí, el Marqués de Malagón, Ulloa y Saavedra, y el Marqués de Malpica, Barroso y Ribera, y el de Frómista, padre del Marqués de Caracena, celebrado por Marte castellano en Italia, y el Conde de Orgaz, Guzmán y Mendoza, de Santo Domingo y San Ildefonso, todos mayordomos del Rey. Aquel que va en aquel coche es el Marqués de Floresdávila, Zúñiga y Cueva, tío del gran Duque de Alburquerque, que hoy está sirviendo con una pica en Flandes, capitán general de Orán, donde fue asombro del Africa levantando las banderas de su rey veinte y cinco leguas dentro de la Berbería. Allí va el Conde de Castro- llano, napolitano Adonis. Allí va el Conde de Garcíes, Quesada y andaluz gallardo, el Marqués de Velmar, el Marqués de Tara zona, Conde de Ayala, Toledo y Fonseca, el Conde de Santisteban y Cocentaina y el Conde de Cifuentes, divinos ingenios; el Conde de la Calzada, y tras él, el Duque de Peñaranda, Sandoval y Zúñiga. Y en esotro coche, don Antonio de Luna y don Claudio Pimentel, del Consejo de Órdenes, Cástor y Pólux de la amistad y de la generosidad.

— ¡Ay, señor!, aquel que pasa en aquel coche — dijo la Rufina —, si no me engaño, es de Sevilla, y se llama Luis Ponce de Sandoval, Marqués de Valdeencinas, y como que me crié en su casa.

El Cojuelo respondió:

—Es un muy gran caballero y el más bien quisto que ha en esta tierra ni en la Corte; que no es pequeño encarecimiento. Y aquel con quien va es el Marqués de Ayamonte, estirado título de Castilla y Zúñiga de varón; y no menos que él es ese que viene en ese coche, el Conde de la Puebla del Maestro, que tiene más maestres en su sangre que condes, mozo de gran des esperanzas, y lo fuera de mayores posesiones si tuviera de su parte la atención de la Fortuna. Allí pasa el Conde de Castrillo, Haro, hermano del gran Marqués de Carpio, presidente de

Indias, y tras él, el Marqués de la Adrada y el Conde de Baños, padre e hijo, Cerdas, de la gran casa de Medinaceli. Esotro es el Marqués de los Trujillos, bizarro caballero. Y tras ellos, el Conde de Fuensalida, con don Jaime Manuel, de la cámara de Su Majestad y hermano del Duque de Maqueda y Nájera, que hoy gobierna el tridente de ambos mares.
—Dígame vuesa merced, señor Licenciado — dijo la Rufina—: ¿qué casas suntuosas son estas que están enfrente de estas joyeras?
—Son del Conde de Oñate —dijo el Diablillo—, timbre esclarecidísimo de los Ladrones de Guevara, Mercurio Mayor de España y Conde de Villamediana, hijo de un padre que hace emperadores, y es hoy presidente de Órdenes.
—Y aquellas gradas que están allí enfrente — prosiguió la tal Rufina María—, tan llenas de gente, ¿de qué templo son, o qué hacen allí tanta variedad de hombres vestidos de diferentes colores?
—Aquéllas son las gradas de San Felipe — respondió el Cojuelo —, convento de San Agustín, que es el mentidero de los soldados de adonde salen las nuevas primero que los sucesos.
— ¿Qué entierro es éste tan suntuoso que pasa por la calle Mayor? — preguntó don Cleofás, que estaba tan aturdido como la mulata.
—Este es el de nuestro astrólogo — respondió el Cojuelo —, que ayunó toda su vida para que se lo coman todos éstos en su muerte; y siendo su retiro tan grande cuando vivo, ordenó que le paseasen por la calle Mayor después de muerto, en el testamento que hallaron sus parientes.
—Bellaco coche — dijo don Cleofás — es un ataúd para ese paseo.
—Los más ordinarios son ésos — dijo el Cojuelo —, y los que ruedan más en el mundo. Y ahora me parece — prosiguió diciendo — que estarán mis amos menos indignados conmigo, pues la prenda que solicitaban por mí la tienen allá, hasta que vaya estotra mirad, que es el cuerpo, a regalarse en aquellos baños de piedra azufre.
— ¡Con sus tizones se lo coma! — dijo don Cleofás.
Y la Rufina estaba absorta mirando su calle Mayor, que no les entendió la plática, y volviéndose a ella el Cojuelo, le dijo:
—Ya vamos llegando, señora huéspeda, donde cumpla lo que desea: que ésa es la Puerta del Sol y la plaza de armas de la mejor fruta que hay en Madrid. Aquella bellísima fuente de lapislázuli y alabastro es la del Buen Suceso, adonde, como en pleito de acreedores, están los aguadores gallegos y coritos[4] gozando de sus antelaciones para llenar de agua los cántaros. Aquélla es la Victoria, de frailes mínimos de San Francisco de Paula, retrato de aquel humilde y seráfico portento que en el palacio de Dios ocupa el asiento de nuestro soberbio príncipe Lucifer; y mire allí enfrente los retratos que yo la prometí enseñar — sin estar la dicha mulata en la plática que hacia don Cleofás había dirigido el tal Cojuelo, y diciendo:
— ¡Qué linda hilera de señores, que parece que están vivos!
—El Rey nuestro señor es el primero — dijo el Cojuelo.
— ¡Qué hombre está! — dijo la mulata —. ¡Qué bizarros bigotes tiene, y cómo parece rey en la cara y en el arte! ¡Qué hermosa que está junto a él la Reina

nuestra señora, y qué bien vestida y tocada! ¡Dios nos la guarde! Y aquel niño de oro que se sigue luego, ¿quién es?
—El Príncipe nuestro señor — dijo don Cleofás —, que pienso que le crió Dios en la turquesa de los ángeles.
—Dios le bendiga — replicó Rufina - y mi ojo no le haga mal; y viviendo más que el mundo, nunca herede a su padre, y viva su padre más siglos que tiene almenas en su monarquía. Ay, señor! — prosiguió Rufina —, ¿ quién es aquel caballero que, al parecer, está vestido a la turquesca, con aquella señora tan linda al lado, vestida a la española?
—No es — dijo el Cojuelo — traje turquesco; que es la usanza húngara, como ha sido rey de Hungría: que es Ferdinando de Austria, cesáreo emperador de Alemania y rey de Romanos, y la emperatriz su esposa María, serenísima infanta de

4. Aquí, «asturianos».

Castilla, que hasta los demonios — volviéndose a don Cleofás — celebramos sus grandezas.
— ¿Quién es aquel de tan hermosa cara y tan alentadas guedejas — preguntó la mulata—, que está también en la cuadrilla vestido de soldado, tan galán, tan bizarro y tan airoso, que se lleva los ojos de todos, y tiene tanto auditorio mirándole?
—Aquél es el serenísimo infante don Fernando — respondió el Cojuelo — que está por su hermano gobernando los estados de Flandes, y es arzobispo de Toledo y cardenal de España, y ha dado al infierno las mayores entradas de franceses y holandeses que ha tenido jamás después que se re presenta en él la eternidad de Dios, aunque entren las de Jerjes y Darío, y pienso que ha de hacer dar grada a mujeres de las luteranas, calvinistas y protestantes que siguen la secta de sus maridos, tanto, que los más de los días vuelve el dinero el purgatorio.
—Gana me da, si pudiera — dijo la mulata —, de darle mil besos.
—En país está — dijo don Cleofás —, que tendrá el original bastante mercadería de eso: que esta ceremonia dejó Judas sembrada en aquellos países.
— ¡Oh, cómo me pesa — dijo la Rufina — que va anocheciendo, y encubriéndose el concurso de la calle Mayor!
—Ya todo ha bajado al Prado — dijo el Cojuelo—, y no hay nada que ver en ella; tome vuesa merced su espejo; que otro día le enseñaremos en él el río de Manzanares, que se llama río porque se ríe de los que van a bañarse en él, no teniendo agua; que solamente tiene regada la arena, y pasa el verano de noche, como río navarrisco[5], siendo el más merendado y ce nado de cuantos ríos hay en el mundo.
—El más caudal de él es — dijo don Cleofás—, pues lleva más hombres, mujeres y coches que pescados los dos mares.
—Ya me espantaba yo — dijo el Cojuelo — que no volvías

5. Como cuarto navarrisco o moneda falsa. Véase Tranco primero, nota 6.

por tu río. Respóndele eso al vizcaíno que dijo: «O vende puente, o compra río.)»

—No ha menester mayor río Madrid — dijo don Cleofás —, pues hay muchos en él que se ahogan en poca agua, y en menos se ahogara aquel regidor que entró en el Ayuntamiento de las ranas del Molino quemado.
¡Qué galante eres — dijo el Cojuelo —, don Cleofás, hasta contra tus regidores!
Bajándose con esto de la azotea, y la Rufina protestando al Cojuelo que le había de cumplir la palabra al día siguiente. Todo lo cual y lo que más sucediere se deja para esotro tranco.

TRANCO NOVENO

Y saliéndose al ejercicio de la noche pasada, aunque las calles de Sevilla, en la mayor parte, son hijas del Laberinto de Creta, como el Cojuelo era el Teseo de todas, sin el ovillo de Ariadna, llegaron al barrio del Duque, que es una plaza más ancha que las demás, ilustrada de las ostentosas casas de los Duques de Sidonia, como lo muestra sobre sus armas y coronel un niño con una daga en la mano, segundo Isaac en el hecho, como esotro en la obediencia, el dicho que murió sacrificado a la lealtad de su padre don Alonso Pérez de Guzmán el Bueno, alcaide de Tarifa aposento siempre de los asistentes de Sevilla, y hoy del que son tanta aprobación lo es, el Conde da Salvatierra, gentilhombre de la cámara del señor infante Fernando y segundo Licurgo del gobierno. Y al entrar por la calle de las Armas, que se sigue luego a siniestra mano, en un gran cuarto bajo, cuyas rejas rasgadas descubrían algunas luces, vieron mucha gente de buena capa sentados con grande orden, y uno en una silla con un bufete delante, una campanilla, recado de escribir y papeles, y dos acólitos a los lados, y algunas mujeres con mantos, de medio ojo, sentadas en e] sucio, que era un espacio que hacían los asientos, y el Cojuelo le dijo a don
Cleofás:
—Esta es una Academia de los mayores ingenios de Sevilla, que se Juntan en esta casa a conferir cosas de la profesión y hacer versos a diferentes asuntos. Si quieres (pues eres hombre inclinado a esta habilidad), entrante a entretener dentro; que por huéspedes y forasteros no Podemos dejar de ser muy bien recibidos.
Don Cleofás le respondió:
—En ninguna parte nos podemos entretener tanto: entremos norabuena.
Y trayendo en el aire, para entrar más de rebozo, el Diablillo dos pares de anteojos, con sus cuerdas de guitarra para las orejas (que se las quitó a dos descorteses, que con este achaque palían su descortesía: que estaban durmiendo, por ejercer la de noche y de día), entraron muy severos en la dicha Academia, que patrocinaba, con el agasajo que suele, el Conde de la Torre, Ribera, y Saavedra, y Guzmán, y cabeza y varón de los Riberas. El presidente era Antonio Ortiz Melgarejo, de la insignia de San Juan, ingenio eminente de la Música y de la Poesía, cuya casa fue siempre el museo de la Poesía y de la Música. Era secretario Alvaro de Cubillo, ingenio granadino que había venido a Sevilla a algunos negocios

de su importancia, excelente cómico y grande versificador, con aquel fuego andaluz que todos los que nacen en aquel clima tienen, y Blas de las Casas era fiscal, espíritu divino en lo divino y humano. Eran, entre los demás académicos, conocidos don Cristóbal de Rozas y don Diego de Rosas, ingenios peregrinos que han honrado el poema dramático, y don García de Coronel y Salcedo, fénix de los letras humanas y primer Píndaro andaluz.

Levantáronse todos cuando entraron los forasteros, haciéndolos acomodar en los mejores lugares que se hallaron, y, sosegada la Academia al repique de la campanilla del presidente, habiendo referido algunos versos de los sujetos que habían dado en la pasada, y que daban fin en los que entonces había leído con una silva al fénix, que leyó doña Ana Caro, décima musa sevillana, les pidió el presidente a los dos forasteros que por honrar aquella Academia repitiesen algunos versos suyos, que era imposible dejar de hacerlos muy buenos los que habían entrado a oír los pasados; y don Cleofás, sin hacerse más de rogar, por parecer castellano entendido y cortesano de nacimiento, dijo:

—Yo obedezco, con este soneto que escribí a la gran más cara del Rey nuestro señor, que se celebró en el Prado alto, junto al Buen Retiro, tan grande anfiteatro, que borró la memoria de los antiguos griegos y romanos.

Callaron todos, y dijo en alta voz, con acción bizarra y airoso ademán, de esta suerte:

SONETO

Aquel que, más allá de hombre, vestido
de sus propios augustos esplendores,
al sol por virrey tiene, y en mayores
climas su nombre estrecha esclarecido;
aquel que, sobre un céfiro nacido,
entre los ciudadanos moradores
del Betis, a quien más que pació flores
plumas para ser pájaro ha bebido;
aquel que a la luz y a tornos desafía,
en la mayor palestra que vio el suelo,
cuanta le ve estrellada monarquía,
es, a pesar del bárbaro desvelo,
Filipo el Grande, que, árbitro del día,
está partiendo imperios con el Cielo.

Aplaudiéndolo toda la Academia con vítores y un dilatado estruendo festivo; y apercibiéndose el Cojuelo para otro, des tosiéndose como es costumbre en los hombres, siendo él espíritu, dijo de este modo:

A UN SASTRE TAN CABALLERO, QUE NO QUERÍA
CORTAR LOS VESTIDOS DE SUS AMIGOS,
REMITI A SU MASEBARRILETE[1]

SONETO

Pánfilo, ya que los eternos dioses,
por el secreto fin de su juicio,
no te han hecho tribuno ni patricio,
con que a la dignidad del César oses,

1. Oficial mayor del sastre.

razón será que el ánimo reposes,
haciendo en ti oblación y sacrificio:
que dicen que no acudes a tu oficio
estos que cortan lo que tú no coses.
Los ojos vuelve a tu primer estado:
las togas cose, y de vestirlas deja;
que un plebeyo no aspira al consulado.
Esto, Pánfilo, Roma te aconseja:
no digan que de plumas que has hurtado
te has querido vestir, como corneja.

El soneto fue muy aplaudido de toda la Academia, diciendo los más noticiosos de ella que parecía epigrama de Marcial, o en su tiempo compuesto de algún poeta que le quiso imitar, y otros dijeron que adolecía del Doctor de Villahermosa, divino Juvenal aragonés[2] pidiendo el Conde de la Torre a don Cleofás y al Cojuelo que honrasen aquella junta lo que estuviesen en Sevilla, y que dijesen los nombres supuestos con que habían de asistirla, como se usó en la Corusca y en la Academia de Capua, de Nápoles, de Roma y de Florencia, en Italia, y como se acostumbraba en aquélla. Don Cleofás dijo que se llamaba el Engañado, y el Cojuelo, el Engañador, sin entenderse el fundamento que tenían los dos nombres; y repartiendo los asuntos para la Academia venidera, nombraron por presidente de ella al Engañado y por fiscal al Engañador, porque el oficio de secretario no se mudaba, haciéndoles esta lisonja por forasteros, y porque les pareció a todos que eran ingenios singulares. Y sacando una guitarra una dama de las tapadas, templada sin sen- tirio, con otras dos cantaron a tres voces un romance excelentísimo de don Antonio de Mendoza, soberano ingenio montañés, y dueño eminentísimo del estilo lírico, a cuya divina música vendrán estrechos todos los agasajos de su fortuna. Con que se acabó la Academia de aquella noche, diviéndose los unos de los otros para sus posadas, aunque todavía era temprano, por que no habían dado la nueve; y don Cleofás y el Cojuelo se

2 El poeta Bartolomé Leonardo de Argensola.

bajaron hacia el Almeda, con pretexto de tomar el fresco en la Alamenilla, baluarte bellísimo que resiste a Guadalquivir, para que no anegue aquel gran pueblo en las continuas y soberbias avenidas suyas. Y llegando a vista de San Clemente el Real, que estaba en el camino, a mano izquierda, convento ilustrísimo de monjas, que son señoras de todo aquel barrio, y de vasallos fuera de él,

patronazgo magnífico de los Reyes, funda do por el santo rey don Fernando porque el día de su advocación ganó aquella ciudad de los moros, le dijo el Cojuelo a don
Cleofás:
—Este real edificio es jaula sagrada de un serafín, o Serafina, que fue primero dulcísimo ruiseñor del Tejo, cuya divina y extranjera voz no cabe en los oídos humanos, y sube en simétrica harmonía a solicitar la capilla empírea, prodigio nunca visto en el diapasón ni en la naturaleza; pero no por eso privilegiada de la envidia.
A estos hipérboles iba dando carrete (verdades pocas veces ejecutadas de su lengua), cuando, al revolver otra calle, pocas veces paseada a tales horas de nadie, oyeron grandes carcajadas de risa y aplausos de regocijo en una casa baja, edificio humilde que se indiciaba de jardín por unas pequeñas verjas de una reja algo alta del suelo, que malparía algunos relámpagos de luces, escasamente conocidos de los que pasaban. Y preguntóle al Cojuelo don Cleofás qué casa era aquella donde había tanto regocijo a aquellas horas. El Diablillo le respondió:
—Este se llama el garito de los pobres; que aquí se juntan ellos y ellas, después de haber pedido todo el día, a entretener se y a jugar, y a nombrar los puestos donde han de mendigar esotro día, porque no se encuentren unas limosnas con otras. Entremos dentro y nos entretendremos un rato; que, sin ser vistos ni oídos, haciéndonos invisibles con mi buena maña, hemos de registrar este cónclave (le San Lázaro.
Y con estas palabras, tomando a don Cleofás por la mano, se entraron por un balconcillo que a la mano derecha tenía la mendiga habitación, porque en la puerta tenían puesto por tero porque no entrasen más de los que ellos quisiesen y los que fuesen señalados de la mano de Dios; y bajando por un caracolillo a una sala baja, algo espaciosa, cuyas ventanas salían a un jardinillo de ortigas y malvas, como de gente que había nacido en ellas, la hallaron ocupada con mucha orden de los pobres que habían venido, comenzando a jugar al rentoy limetas[3] de vino de Alanís y Cazalla, que en aquel lugar nunca lo hay razonable, y algunos mirones, sentados también, y en pie. La mesa sobre que se jugaba era de pino, con tres pies y otro supuesto, que podía pedir limosna como ellos, un candelero de barro con una antorcha de brea, y los naipes con dos dedos de moho hacia cecina, de puro manejados de aquellos príncipes, y el barato que se sacaba se iba poniendo sobre el candelero. Y a estotra parte estaba el estrado de las señoras, sobre una estera de esparto, de retorno del invierno pasado; tan remendados todos y todas, que parece que les habían cortado de vestir de jaspes de los muladares. Y entrando don Cleofás y su compañero y diciendo una pobra, fue todo uno:
«Ya viene el Diablo Cojuelo», alteróse don Cleofás y dijo a su camarada:
—Juro a Dios que nos han conocido.
—No te sobresaltes —respondió el Diablillo—; que no nos han conocido ni nos pueden ver, corno te previne; que el que ha dicho la pobra que viene es aquel que entra ahora, que trae una pierna de palo y una muleta en la mano y se viene quitando la montera, y entre ellos le llaman el Diablo Cojuelo por mal nombre, que

es un bellaco, mal pobre, embustero y ladrón, y estoy harto cansado con él y con ellas porque le llaman así, que es una sátira que me han hecho con esto, y que yo he sentido mucho; pero esta noche pienso que me lo ha de pagar, aunque sea con la mano del gato[4], como dicen.
—Muy grande atrevimiento — dijo don Cleofás — ha sido quererlas apostar contigo, siendo tú el demonio más travieso del infierno, y no te la hará nadie que no te la pague.
—Estos pobres — dijo Cojuelo —, como son de Sevilla, campan también de valientes, y reñirán con los diablos; pero

3. Botellas de vientre ancho y cuello largo.
4. Es decir, a costa de otro.

no se alabará, si yo puedo, éste de haber salido horro de esta chanza; que en el mundo se me han atrevido solamente tres linajes de gente: representantes, ciegos y pobres; que los de i embusteros y gente de este género pasan por demonios como yo.
En esto, se había acomodado o sentándose en el suelo el Piedepalo, Diablo Cojuelo segundo de este nombre, diciendo muchas galanterías a las damas, y entró el Murciélago, llama do así porque pedía de noche a gritos por las calles, con So paenvino, que le había encontrado agazapado en una taberna y sacado por el rastro de los mosquitos que salían de él, como de la cuba de Sahagún. Convidóles con su asiento el Chicharro y el Gallo, el uno, que cantaba pidiendo por las siestas en ve rano y despertando los lirones; el otro mendigaba por las madrugadas; y tomando el suelo por mejor asiento, porque cual quiera cosa más alta los desvanecía, y estando en esto, entró un pobre en un carretón, a quien llamaban el Duque, y todos se levantaron, ellos y ellas, a hacerle cortesía; y él, quitándose un sombrerillo que había sido de un carril de un pozo, dijo:
—Por mi amor que se estén quedos y quedas, o me volveré a ir.
Temieron el disfavor, y llegándole el muchacho que le traía el carretón a la mesa donde se jugaba, pidió cartas. Faraón, que era uno de los del juego, llamado de esta suerte porque pedía con plagas a las puertas de las iglesias, y el Sargento, nombrado así porque tenía un brazo menos, le dijeron que los dejase jugar su excelencia, que estaban picados; que después harían lo que les mandaba; viniéndose el Duque con el Marqués de los Cha pines, que era un pobre que andaba arrastrando, y de la cintura arriba muy galán, y estaba entreteniendo las damas, diciendo:
—Con vusía me vengo, que está máS bien parado.
Y a ninguno de los dos les habían las damas menester para nada.
La Postillona, llamada de este nombre porque pedía a las veinte limosna[5], no dejando calle ni barrio que no anduviese cada día, tuvo palabras con la Berlinga, tan larga como el nombre, que había sido senda de Esgueva a Zapardiel, sobre celos del Duque; y la Paulina, que apellidaban así porque maldecía a quien no le daba limosna , se picó con la Galeona, que llamaban de esta suerte porque andaba artillada de niños que alquilaba para pedir, sobre haber dicho unas palabras preñadas[6] al Marqués, sin dar causa su señoría a ello, metiéndose la Lagartija y la

Mendruga a revolverlas más, y el Piedepalo a las vueltas, con las Fuerzas de Hércules, que eran dos pobres, uno sobre otro, que a no meterse Zampalimosnas, que era el garitero, de por medio, y Pericón el de la Barquera, y Embudo el Temerario, Tragaclardos, Zancayo, Peruétano y Ahorcasopas, hubiera un paloteado, entre los pobres y pobras, de los diablos. El Duque y el Marqués interpusieron sus autoridades, y para quietarlo de todo punto enviaron por un particular[7], que trujo luego Piedepalo, para pagarlo de bonete[8], que fueron unos ciegos y una gaita zamorana que muy cerca de allí se recogían, que fue menester pagárselo adelantado porque se levantasen, y se concertó en treinta cuartos, y dijo el Duque que no se había pagado tan caro particular jamás, por vida de la Duquesa. Y al mismo tiempo que entró Piedepalo con el particular, se entró tras ellos Cienllamas, con la vara en la pretina, y Chispa y Redina con él, preguntando:

— ¿Quien es aquí el Diablo Cojuelo? Que he tenido soplo que está aquí en este garito de los pobres, y no me ha de salir ninguno de este aposento hasta reconocerlos a todos, por que me importa hacer esta prisión.

Los pobres y las pobras se escarapelaron viendo la justicia en su garito, y el verdadero Diablo Cojuelo, como quien deja la capa al toro, dejó a Cienllamas cebado con el pobrismo, y por el caracolillo se volvieron a salir del garito él y don Cleofás.

—Este es — dijo el Duque señalando a Piedepalo —; que nosotros, ni hombres como nosotros, no hemos de defender de la justicia a hombres tan delincuentes (tomando venganza de algunos embustes que les había hecho en las limosnas de la

5. Se llamaba Paulina a la carta de excomunión.
6. Palabras de doble sentido.
7. Comedia para representar fuera del teatro.
8. Con el dinero recogido entre todos los pobres.

sopa de los conventos); y agarrando con él Chispa y Redina, comenzó a pedir iglesia a grandes voces Piedepalo (que en un bodegón hiciera lo mismo), queriendo darles a entender que era ermita, y no garito, donde estaban, y que todos y todas habían venido a hacer oración a ella. El tal Cienllamas y Chispa y Redina comenzaron a sacarle arrastrando, diciéndole, entre algunos puñetes y mojicones:

—No penséis, ladrón, que os habéis de escapar con esos embustes de nuestras manos; que ya os conocemos.

Entonces el Marqués, metiendo las manos en los chapines, dijo:

— ¿Por qué hemos de consentir que no contradiga el Duque que lleve preso un alguacil a un pobrete como el Cojuelo? ¡Por vida de la Marquesa que no lo ha de llevar!

Y haciéndose los demás pobres y pobras de su parte, y apagando las luces, comenzaron con los asientos y con las muletas y bordones a zamarrearle a él y a sus corchetes a oscuras, tocándoles los ciegos la gaita zamorana y los demás instrumentos, a cuyo son no se oían los unos a los otros, acabando la culebra[9] con el día y con desaparecerse los apaleados.

9. Broma pesada que acostumbraba a acabar a palos.

TRANCO DÉCIMO

En este tiempo llegaban a Gradas su camarada y don Cleofás, tratando de mudarse de aquella posada, porque ya tenía rastro de ellos Cienllamas, cuando vieron entrar por la posta, tras un postillón, dos caballeros soldados vestidos a la moda, y díjole el Cojuelo a don Cleofás:

—Estos van a tomar posada y apearse a Caldebayona o a la Pajería, y es tu dama y el soldado que viene en su compañía, que, por acabar más presto la jornada, dejaron la litera y tornaron postas.

—¡Juro a Dios — dijo don Cleofás — que lo he de ir a matar antes que se apee, y a cortarle las piernas a doña Tomasa!

—-Sin riesgo tuyo se hará todo eso — dijo el Cojuelo —, ni sin tanta demostración pública: gobiérnate por mí ahora, que yo te dejaré satisfecho.

—Con eso me has templado —dijo don Cleofás —; que estaba loco de celos.

—Ya sé qué enfermedad es ésa, pues se compara a todo el infierno junto — dijo el Diablillo —, Vámonos a casa de nuestra mulata: almorzarás y conmutarás en sueño la pendencia; y acuérdate que has de ser presidente de la Academia, y yo fiscal.

—Pardiez —dijo don Cleofás-—, todo se me había olvidado con la pesadumbre; pero es razón que cumplamos nuestras palabras corno quien somos.

Y habiéndose mudado de la posada de Rufina otro día a otra de la Morería, más recatada, pasaron los que faltaron para la Academia en estudiar y escribir los sujetos que les habían dado y en hacer don Cleofás una oración para preludio de ella, como es costumbre y obligación de las presídencias de tales actos; y, llegado el día, se aderezaron lo mejor que pudieron, y al anochecer partieron a la palestra, donde les esperaban todos los ingenios con admiraciones de los suyos, y con los mismos antojos de la preñez pasada se fueron sentando en los lugares que les tocaban; y haciendo señal con la campanilla para obligar al silencio, don Cleofás, llamado c Engañado en la Academia, hizo una oración excelentísima en verso de silva, cuyos números ataron los oídos al aplauso y desataron los asombros a sus alabanzas. Y en pronunciando la última palabra, que es el Dixi, volviendo a resonar el pájaro de plata, dijo:

— Yo quiero parecer presidente en publicar ahora, después de mi oración, ursas prem áticas[1] que guarden los divinos in genios que me han constituido en esta dignidad: —leyendo desta manera un papel que traía doblado en el pecho:

PREMÁTICAS Y ORDENANZAS
QUE SE HAN DE GUARDAR EN LA INGENIOSA
ACADEMIA SEVILLAINA DESDE HOY EN ADELANTE

Y porque se celebren y publiquen con la solemnidad que es necesaria, sirviendo de atabales los cuatro vientos y de trompetas el Músico de Tracia, tan marido, que por su mujer descendit ad inferos[2], y Arión, que, siendo de los piraras con quien navegaba arrojado al mar por robarle, le dio un delfín en su escamosa espalda, al

son de su instrumento, jamugas para que no naufragase, et coetus, et Amphion Thebanae conditor urbis[3]; y pregonero la Fama, que penetra provincias y elementos, y secretario que se las dicte Virgilio Marón, príncipe de los poetas, digan de esta suerte:

Don Apolo, por la gracia de la Poesía, rey de las Musas, príncipe de la Aurora, conde y señor de los oráculos de Delfos y Delo, duque del Pindo, archiduque de las dos Fuentes del Parnaso y marqués

1. «Pragmáticas, reglas».
2. Alusión -a Orfeo, que bajó a los infiernos a rescatar a su mujer Eurídice.
3. Anfión, fundador de la acrópolis de Tebas.

de la Fuente Cabalina, etc., a todos los poetas heroicos, épicos, trágicos, cómicos, detirámbicos, dramáticos, autistas, entremescros, bailinistas y villancieres, y los demás de nuestro dominio, así seglares como eclesiásticos, salud y consonantes. Sepades: como, advirtiendo los grandes desórdenes y desperdicios con que han vivido hasta aquí los que manejan nuestros ritmos, y que son tantos los que, sin temor de Dios y de sus conciencias, componen, escriben y hacen versos, salteando y capeando de noche y de día los estilos, conceptos y modos de decir de lOS mayores, no imitándolos con la templanza y perífrasis que aconsejan Aristóteles, Horacio y César Escaligero, y los demás censores que nuestra Poética advierten, sino remendándose con centones de los otros y haciendo mohatras de versos, fullerías y trapazas, y para poner remedio en esto, como es justo, ordenamos y mandamos lo siguiente

Primeramente, se manda que todos escriban con voces castellanas, sin introducirlas de otras lenguas, y que el que dijere fulgor, libar, numen, purpurear, meta, trámite, afectar, pompa, trémula amago, idilio[4], ni otras de esta manera, ni introdujese proposiciones desatinadas, quede privado de poeta por dos Academias, a segunda vez, confiscadas sus sílabas y arados de sal sus corno nantes, como traidores a su lengua materna.

Item, que nadie lea su versos en idioma de jarabe ni con gárgaras de algarabía en el gútur[5], sino en nuestra castellana pronunciación, pena de no ser oídos de nadie.

Item por cuanto celebraron el fenix en la Academia pasada en tantos géneros de- versos, y en otras muchas ocasiones lo han hecho otros, levantándole testimonios a esta ave y llamándola hija y heredera de sí propia y propia y pájaro del sol, sin haberle tomado una mano ni haberla conocido si no es para servirla, ni haber ningún testigo de vista de su nido, y ser alarbe de los pájaros, pues en ninguna región ha encontrado nadie- si aduar, mandamos que se ponga perpetuo silencio en su memoria, atento que es alabanza supersticiosa y pájaro de ningún provecho para nadie, pues ni sus plumas sirven en las galas cortesanas ni militares, ni nadie ha escrito con ellas, ni su voz ha dado música a ningún melancólico, ni sus pechugas alimento a ningún enfermo; que es pájaro duende, pues dicen que le hay, y no le encuentra nadie, y ave solamente para sí; finalmente, sospechosa de su sangre, pues no tiene abuelo

4. Aquí ataca el léxico gongorino, que abusaba de estas palabras.
5. «Garganta».

que no haya sido quemado[6]; estando en el mundo el pájaro ce leste, el cisne, el águila (que no era bobo Júpiter, pues la eligió por su embajatriz), la garza, el neblí, la paloma de Venus, el pelícano, afrenta de los miserables, y, finalmente, el capón de leche, con quien los demás son unos pícaros. Este sí que debe alabarse, y mátenle un fénix a quien sea su devoto, cuando tenga más necesidad de comer. Dios se lo perdone a Claudiano, que celebró esta necedad imaginada, para que todos los poetas pecasen en él.

Item, porque a nuestra noticia ha venido que hay un linaje de poetas y poetisas hacia palaciegos, que hacen más estrecha vida que los monjes del Paular, porque con ocho o diez vocablos sola mente, que son crédito, descrédito, recato, desperdicio, ferrión, desmán, atento, valido, desvalido, baja fortuna, estar falso, explayarse, quieren expresar todos sus conceptos y dejar a Dios sola mente que los entienda, mandamos que les den otros cincuenta vocablos más de ayuda de costa, del tesoro de la Academia, para valerse de ellos, con tal que, si no lo hicieren, caigan en pena de menguados y de no ser entendidos, como si hablaran en vascuence.

Item, que en las comedias se quite el desmesurarse los embajadores con los reyes, y que de aquí en adelante no le valga la ley del mensajero; que ningún príncipe en ellas se finja hortelano por ninguna infanta, y que a las de León se les vuelva su honra con chirimías, por los testimonios que las han levantado; que los la cayos graciosos no se entremetan con las personas reales si no es en el campo, o en las calles de noche; que para querer dormirse sin qué ni para qué, no se diga: «Sueño me torna), ni otros versos por el consonante, como decir a rey, «porque es justísima ley», ni a padre, «porque a mi honra más cuadre», ni las demás; «A furia me provoco», «Aquí para entre los dos» y otras civilidades, ni que se disculpen sin disculparse, diciendo:

Porque un consonante obliga
a lo que el hombre no piensa[7]

Y al poeta que en ellas incurriese de aquí adelante, la primera vez le silben, y la segunda, sirva a su Majestad con dos comedias en Orán.

Item, que los poetas más antiguos se repartan por sus turnos a

6. Se creía que el ave fénix era inmortal y renacía de sus propias cenizas.
7. Versos pertenecientes a ciertos romances de Lope de Vega.

dar limosna de sonetos, canciones, madrigales, silvas, décimas, romances y todos los demás géneros de versos a poetas vergonzantes que piden de noche, y a recoger los que hallaren enfermos comentando, o perdidos en las Soledades[8] de don Luis de Góngora; que haya una portería en la Academia, por donde se dé sopa de versos a los poetas mendigos.

Item, que se instituya una Hermandad y Peralvillo contra los poetas monteses y jabalíes.

Item, mandamos que las comedias de moros se bauticen dentro de cuarenta días o salgan del reino.

Item, que ningún poeta, por necesidad ni amor, pueda ser pastor de cabras ni ovejas, ni de otra res semejante, salvo si fuere tan Hijo Pródigo que, disipando sus consonantes en cosas ilícitas, quedare sin ninguno sobre qué caer poeta; mandamos que en tal caso, en pena de su pecado, guarde cochinos.
Item, que ningún poeta sea osado a hablar mal de los otros si no es dos veces en la semana.
Item, que al poeta que hiciere poema heroico no se le dé de plazo más que un año y medio, y que lo que más tardare se entienda que es falta de la musa; que a los poetas satíricos no se les dé lugar en las Academias, y se tengan por poetas bandidos y fuera del gremio de la poesía noble, y que se pregonen las tallas de sus consonantes, como de hombres facinerosos a la república. Que ningún hijo de poeta que no hiciere versos no pueda jurar por vida de su padre, porque parece que no es su hijo.
Item, que el poeta que sirviere a señor ninguno, muera de hambre por ello.
Y, al fin, estas premáticas y ordenanzas se obedezcan y ejecuten como si fueran leyes establecidas de nuestros príncipes, reyes y emperadores de la Poesía. Mándanse pregonar, porque venga a noticia de todos.
Celebradísimo fue el papel de *el Engañado* por peregrino y caprichoso, sacando, al mismo tiempo que le acababa, otro del pecho el Engañador, llamado así en la Academia y en los tres hemisferios, y fiscal de la presente, que decía de esta manera:

8. Se refiere a los difíciles comentarios a las Soledades de Luis DE GÓNGORA, que tantos debates ocasionaron en la época.

PRONÓSTICO Y LUNARIO DEL AÑO QUE VIENE, AL MERIDIANO DE SEVILLA Y MADRID, CONTRA LOS POETAS, MÚSICOS Y PINTORES. COMPUESTO POR «EL ENGAÑADOR», ACADÉMICO DE LA INSIGNE ACADEMIA DEL BETIS, Y DIRIGIDO A PERICO DE LOS PALOTES, PROTODEMONIO Y POETA DE «DIOS TE LA DEPARE BUENA»...

interrumpiendo estas últimas razones un alguacil de los veinte, guarnecido de corchetes (y tantos, que si fueran de plata, pudiera competir con la capitana y almiranta de los galeones cuando vuelven de retorno con las entrañas del Potosí y los corazones de los que los esperan y los traen), doña Tomasa y su soldado, como entraron por la posta para estar a la vista de la ejecución de su requisitoria; la Academia se alteró con la intempestiva visita, y el atrevido alguacil dijo:
—Vuesas mercedes no se alboroten: que yo vengo a hacer mi oficio y a prender no menos que al señor presidente, por que es orden de Madrid, y la he de hacer de Evangelio.
Palotearon los académicos, y don Cleofás se espeluzó tanto y cuanto, y el fiscal, que era el Cojuelo, le dijo:
—No te sobresaltes, don Cleofás, y déjate prender, no nos perdamos en esta ocasión; que yo te sacaré a paz y a salvo de todo.

Y volviendo a los demás, les dijo lo mismo, y que no con venía en aquel lance resistencia ninguna; que si fuera menester, el Engañado y él metieran a todos los alguaciles de Sevilla las cabras en el corral[9].
—Hombre hay aquí — dijo un estudiantón del Corpus, graduado por la Feria y el pendón verde[10],—, que, si es menester, no dejará oreja de ministro a manteazos, siendo yo el menor de todos estos señores.
El alguacil trató de su negocio sin meterse en más dimes ni diretes, deseando más que hubiese dares y tomares, y doña Tomasa estuvo, empuñada la espada y terciada la capa, a punto

9. Meter (a uno) las cahra3 en el corral significa «atemorizarle»,.
10. Es decir, matón y pendenciero.

de pelear al lado de su soldado (que era, sobre alentada, muy diestra, como había tanto que jugaba las armas), hasta que vio sacar preso al que le negaba la deuda, libre de polvo y paja. El Cojuelo se fue tras ellos, y la Academia se malogró aquella noche, y murió de viruelas locas.
El Cojuelo, arrimándose al alguacil, le dijo aparte, metiéndole un bolsillo en la mano, de trescientos escudos:
—Señor mío, vuesa merced ablande su cólera con este diaquilón[11] mayor, que son ciento y cincuenta doblones de a dos.
Respondiéndole el alguacil, al mismo tiempo que los recibió:
—Vuesas mercedes perdonen el haberme equivocado, y el señor Licenciado se vaya libre y sin costas, más de las que le hemos hecho; que yo me he puesto a un riesgo muy grande habiendo errado el golpe.
El soldado y la señora doña Tomasa, que también habían regalado al alguacil, por más protestas que le hicieron entonces, no le pudieron poner en razón. Y ya a estas horas estaban los dos camaradas tan lejos de ellos, que habían llegado al río y al Pasaje, que llaman, por donde pasan de Sevilla a Triana y vuelven de Triana a Sevilla, y, tomando un barco, durmieron aquella noche en la calle del Altozano, calle Mayor de aquel ilustre arrabal; y la Vitigudino y su galán se fueron muy desairados a lo mismo a su posada, y el alguacil a la suya, haciendo mil discursos con sus trescientos escudos; y el Cojuelo madrugó sin dormir, dejando al compañero en Triana, para espiar en Sevilla lo que pasaba acerca de las causas de los dos, revolviendo de paso dos o tres pendencias en el Arenal.
Y el alguacil despertó más temprano, con el alborozo de sus doblones, que había puesto debajo de las almohadas; y, metiendo la mano, no los halló; y levantándose a buscarlos, se vio emparedado de carbón, y todos los aposentos de la casa de la misma suerte, porque no faltase lo que suele ser siempre del dinero que da el diablo, y tan sitiado de esta mercadería, que

11. Emplasto para ablandar tumores y rebajar la hinchazón.

fue necesario salir por una ventana que estaba junto al techo, y en saliendo, se le volvió todo el carbón ceniza; que si no fuera así, tomara después por partido dejar lo alguacil por carbonero, si fuera el carbón de la encina del infierno, que nunca se acaba, amén, Jesús.

El Cojuelo iba dando notables risadas entre sí, sabiendo lo que le había sucedido al alguacil con el soborno. Saliendo, en este tiempo, por cal de Tintores a la plaza de San Francisco, y habiendo andado muy pocos pasos, volvió la cabeza y vio que le venían siguiendo Cienllamas, Chispa y Redina; y, dejando las muletas, comenzó a correr, y ellos tras él, a grandes voces diciendo:

— ¡Tengan ese cojo ladrón!

Y cuando casi le echaban las garras Chispa y Redina, venía un escribano del número bostezando, y metiósele el Cojuelo por la boca, calzado y vestido, tomando iglesia, la que más a su propósito pudo hallar. Quisieron entrarse tras él a sacarle de este sagrado Chispa, Redina y Cienllamas, y salió a defender su jurisdicción una cuadrilla de sastres, que le hicieron resistencia a agujazos y a dedalazos, obligando a Cienllamas a enviar a Redina al infierno por orden de lo que se había de hacer; y lo que trujo en los aires fue que, con el escribano y los sastres, diesen con el Cojuelo en los infiernos. Ejecutóse como se dijo, y fue tanto lo que los revolvió el escribano, después de haberle hecho gormar al Cojuelo, que tuvieron por bien los jueces de aquel partido echarlo fuera, y que se volviese a su escritorio, dejando a los sastres en rehenes, para unas libreas que habían de hacer a Lucifer a la festividad del nacimiento del Anticristo; tratando doña Tomasa, desengañada, de pasarse a las Indias con el tal soldado; y don Cleofás, de volverse a Alcalá a acabar sus estudios, habiendo sabido el mal suceso de la prisión de su Diablillo, desengañado de que hasta los diablos tienen sus alguaciles, y que los alguaciles tienen a los diablillos. Con que dan fin esta novela, y su dueño gracias a Dios porque le sacó de ella con bien, suplicando a quien la leyere que se entretenga y no se pudra en su leyenda, y verá qué bien se halla.